



LA TRISTEZA DE LOS CÍTRICOS

CRISTINA SIMÓN ALCAINE



VUELVES

ROMEO URBANO

III PREMIO
DE TEXTOS TEATRALES
JUAN JOSÉ
FERRANDO
2023



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

©La tristeza de los cítricos, Cristina Simón Alcaine, 2023

©Vuelves, Romeo Urbano, 2023

©Ayuntamiento de Molina de Segura, 2023

©De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2023

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

Portada: “Las cuatro graciosas”. Cartel del 54º Festival Internacional de Teatro de Molina de Segura, obra del artista plástico molinense, Francisco Peñalver Roda, *Rengo*.

www.editorialtiranobanderas.es

editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-127005-3-4

Depósito legal: MU 813-2023



Printed in Spain - Impreso en España



La relación que ha existido siempre entre Molina de Segura y el teatro, en todas sus disciplinas escénicas, ha sido estrecha y prolongada en el tiempo, conformando uno de esos matrimonios bien avenidos que se conoce a la perfección, pero que no por ello pierde la ilusión y las ganas de seguir estando unido, compartiendo buenos y malos momentos.

El teatro y Molina de Segura han vivido en pareja, y han visto como su Festival de Teatro iba creciendo y haciéndose un hueco en la oferta cultural de la Región de Murcia, hasta llegar a convertirse en uno de sus eventos artísticos más longevos y emblemáticos. El Teatro Villa de Molina, con su programación estable, ha sabido llegar a los amantes de las artes escénicas, acercándoles, temporada tras temporada, las más importantes propuestas de las compañías regionales y nacionales. Pero además, no satisfechos con esto, ha ampliado su círculo de acción con la creación del Premio de Teatro Joven y el Premio de Textos Teatrales Juan José Ferrando.

Este último premio pretende, en primer lugar, tal como se infiere de su propia denominación, tributar un merecido e imperecedero homenaje a una de las figuras más vitalmente comprometidas con el mundo de la escena: Juan José Ferrando Gregori, actor, dramaturgo y poeta molinense que hizo de la literatura una forma de vida; y, en segundo lugar, promocionar, reconocer y recompensar la creación de nuevos textos teatrales. Uniendo así lo mejor de nuestro pasado con el proyec-

to creativo, innovador y promotor de la excelencia que Molina anhela ser.

Este año se han presentado 122 obras originales e inéditas de autores de todo el país, lo que significa la consolidación de la iniciativa y viene a engrandecer, aún más, sus nobles objetivos.

Ese gran número de propuestas ha dificultado felizmente la labor del jurado. Un jurado de primer nivel, compuesto por representantes de la Escuela Superior de Arte Dramático de Murcia (ESAD), la Asociación Murciana de Directores de Escena (DeMurcia), la Asociación Murciana de Dramaturgos (DREM) y el Teatro Villa de Molina. Aprovecho la ocasión para expresar mi agradecimiento y felicitación a todos ellos.

Quiero también felicitar a la madrileña Cristina Simón Alcaine, justa ganadora de esta tercera edición del Premio de Textos Teatrales Juan José Ferrando con su obra “La tristeza de los cítricos”, un texto que representa una profunda y desgarrada reflexión sobre la inocencia infantil arrebatada por la mirada adulta. Deseo además reconocer la labor creativa del cordobés Romeo Urbano, autor del texto “Vuelves”, finalista de esta edición.

Los actores y actrices, con sus propios talentos y orientados por las indicaciones que marcan los directores de escena, inyectan la sangre de la vida a los personajes de papel que idean los autores.

El público también contribuye a esta mágica metamorfosis. El teatro se nos revela, por tanto, como una magnífica labor colectiva que trata de reflexionar sobre nuestra propia condición y experiencia interponiendo un mundo de ficción.

Buena muestra de ese trabajo artesanal y prometeico de infundir vida a historias que tienen que ver con

nuestras ideas, emociones y sentimientos más arraigados son las dos obras contenidas en este libro. Una publicación con la que Molina de Segura quiere mostrar su firme compromiso con el teatro y pretende contribuir al engrandecimiento de la escena nacional.

José Ángel Alfonso Hernández
Alcalde de Molina de Segura



El teatro nos muestra el mundo como es, con sus luces y sus sombras. Lo que sucede sobre el escenario son historias reales o inventadas, que no dejan de ser un reflejo grotesco de la sociedad, como aquellos personajes que nos hizo ver Valle Inclán en los espejos cóncavos y convexos del madrileño Callejón del Gato. Esa es una de las virtudes y grandezas del teatro. Pero también puede, e incluso debe, ser el detonante necesario para cambiar ese mundo y hacerlo más habitable.

El Premio de Textos Teatrales Juan José Ferrando nos regala este año, en su tercera edición, dos magníficas obras que como la luz que se refleja en un espejo llegan a nosotros para mostrarnos con nitidez absoluta lo más profundo del alma humana, con sus inquietudes, miserias, dudas y contradicciones. Estamos ante dos obras bien distintas que ustedes están a punto de descubrir, en las que sus autores nos proponen una profunda y personal reflexión, no exenta de cierto dramatismo. Siempre me ha sorprendido la creatividad de los autores. Su capacidad para dar vida propia a unos personajes que nos dejan husmear en sus historias y conocer sus conflictos más profundos. De su mano nos adentramos en universos envolventes que hacen que nos sintamos observadores invitados a una fiesta que se celebra en nuestro honor. La gran fiesta del teatro, donde nada es lo que parece y todo parece posible.

Quiero felicitar desde estas páginas a Cristina Simón Alcaine por “La tristeza de los cítricos”, obra ganadora del III Premio de Textos Teatrales Juan José Ferrando, y al finalista, Romeo Urbano por “Vuelves”.

En botánica, la “tristeza de los cítricos” es una enfermedad terminal que acaba con este tipo de árboles, vistiéndolos de gris y condenándolos a la muerte. Simón Alcaine nos ofrece en su obra un estrecho paralelismo entre la enfermedad que padece un limonero y los sentimientos de la protagonista.

La sexualidad, la inocencia, el amor “sin trampas” y las fantasías habitan en este texto, al igual que lo hace la censura, el sentimiento de culpa, el juicio de los demás, las relaciones fallidas y la mirada sucia de los adultos. Elementos todos ellos que condicionan el desarrollo emocional y sexual del personaje principal, obligándonos a reflexionar ante frases como “me ensuciaron de por vida, ¿qué hay de malo en amar?”.

En “Vuelves”, Urbano plantea una dicotomía entre dos formas de entender la vida que no resultan ajenas al lector. Por un lado está el determinismo de Félix que piensa que todo lo que ocurre está escrito de antemano, y por otro lado tenemos a Mario, que no cree en el destino y defiende la idea de que cada uno tiene la posibilidad de forjárselo.

Ambos se reencuentran después de seis años sin saber nada el uno del otro y aprovechan el momento para hablar sobre sus experiencias, sus expectativas acerca de la vida, sus proyectos de futuro y sobre su pasado.

Tengo que confesar que la lectura de ambas obras me ha deparado uno de los momentos más gratificantes vividos recientemente. Sentada en un cómodo butacón, acompañada por el rumor de las olas del Mar Menor y un café bien frío, iba pasando las páginas al ritmo que los sorbos se espaciaban y el café se consumía. Llegué al final con la taza vacía y el alma reconfortada. Al dejar los folios sobre la mesa no pude evitar pensar en lo

increiblemente bello que sería ver representadas estas obras en un teatro. Esa y no otra es siempre la intención de un autor.

Para ser representadas se escriben todas las obras en la confianza de que algún día alguien se decida a darles vida. Juan José Ferrando fue una esas personas especiales que sabían insuflar vida a los textos que llegaban a sus manos y como actor o director de escena se comprometía hasta el final en el montaje de cada espectáculo. Por ello ha sido todo un acierto que este premio lleve su nombre y sirva para rendir homenaje a una de las figuras más queridas del teatro molinense, a la vez que se reconoce el trabajo de los nuevos dramaturgos, una generación de hombres y mujeres que sigue amando el teatro, como hicieran los grandes clásicos o los autores inmortales de nuestro Siglo de Oro.

A las personas que se acerquen a este libro les pido que lo hagan con la mente abierta y ganas de convertirse en parte fundamental de cada una de las obras, porque los lectores, al igual que los espectadores, somos elementos esenciales de la creación literaria y teatral. No somos hechos aislados, no somos meros observadores, sino que somos la pieza clave para que todo cobre sentido. Ojalá que llegue el día en que la inocencia de nuestra niñez no se vea ensuciada por la mirada de los demás.

María Teresa Hernández Avilés
Concejala de Cultura

LA TRISTEZA DE LOS
CÍTRICOS

CRISTINA SIMÓN ALCAINE

GANADORA

*Me hablan en un lenguaje pétreo y arbóreo, pero no lo
sabría traducir a lenguas humanas. Sería una traición
poner en boca de los árboles y las piedras lo que yo
interpreto que me dicen.*

Raimon Panikkar

PERSONAJES

LA NIÑA

LA MUJER

LA NARRADORA

EL HOMBRE 1

EL HOMBRE 2

EL HOMBRE 3

EL HOMBRE 4

ESCENA PRIMERA

UN LIMÓN ARRANCADO DE SU MATRIZ

LA NARRADORA: El día que trajeron el limonero al jardín, la niña lo miró y en un susurro, se prometió a sí misma que lo cuidaría y no lo dejaría morir. En aquel rincón del jardín habían crecido diferentes árboles. Algunos los recordaba, como al naranjo o al limequat, otros en cambio, estaban en la memoria de aquella tierra desde antes de que se construyese ninguna casa. La niña pasaba todo su tiempo junto al limonero y no necesitaba a nadie más; con él y con su imaginación era suficiente. Poco a poco se fue forjando entre ellos una relación en la que ella le confesaba los secretos que a nadie más le diría y él le respondía con una voz que sólo ella entendía.

LA NIÑA: He conocido a un chico nuevo de mi cole. Es muy guapo, aunque no tanto como mi vecino. Hoy nos hemos casado y nos han tirado migas de pan, aunque no me ha querido besar porque le da vergüenza. Después nos hemos ido corriendo y cuando no nos veía nadie nos hemos escondido en el huequito de atrás del cole, y nos hemos dado un beso.

LA NARRADORA: El limonero escuchaba de forma atenta cada secreto que la niña le confesaba, y ella besaba sus hojas y acercaba sus ramas hasta su cara, facilitando la caricia que ambos deseaban.

LA NIÑA: A ti nunca te da vergüenza darme besos, ni abrazarme, ni escucharme.

LA NARRADORA: El limonero conocía la curiosidad que sentía hacia los otros niños. Jugaba con ellos, y juntos buscaban el placer mientras se reían o imitaban lo que habían visto en las televisiones que deberían de haber estado apagadas. Y si la niña no encontraba compañero de juego, cuando se hacía de noche, en su mente se iluminaban miles de fantasías.

LA NIÑA: Apago la luz, me pongo las sábanas rosas por encima y estoy dentro de un palacio. Yo soy la princesa, y en la puerta de mi castillo, a la altura de mis pies, mis pretendientes me saludan. Todos me quieren conocer, así que no pueden evitar correr para estar conmigo: rodean mi cuerpo y abrazan lo que tienen más cerca, pero ellos son muy pequeñitos y yo soy muy grande así que ensanchan mucho los brazos para poder abrazarme. Después todos quieren meterse en mi boca para besarme, y yo les paro y les digo que tienen que hacer cola y esperar su turno. Ellos se enfadan, impacientes por mi amor y yo me río más y los quiero más. Cuando todos me han amado me quedo dormidita en sus pequeños brazos.

LA NARRADORA: Cada vez que la niña le confesaba uno de sus secretos, una flor del limonero se convertía en un limón. La niña le contó tantos secretos hasta que el cítrico tuvo cientos de limones, colgando de sus ramas, haciéndole lucir grandioso y fuerte. Pero un día la niña volvió de casa de su vecino de al lado con el que solía verse y no trajo el habitual rubor, sino que lloraba y buscaba un refugio entre las gruesas ramas del limonero.

LA NIÑA: Sólo estábamos jugando.

LA NARRADORA: La niña agarraba la tierra con la suficiente fuerza como para arrancarle las raíces.

LA NIÑA: Nos besábamos y nos tocábamos, como siempre. ¿Por qué me ha mirado así?

LA NARRADORA: La niña se levantó y miró fijamente al limonero.

LA NIÑA: ¿Tú también me miras así?

LA NARRADORA: En la habitación de su vecino había una cama siempre hecha de forma impoluta, con las sábanas tan tirantes que cuando se tapaban con ellas disfrutaban imaginando que se quedarían atrapados para siempre. También había una televisión que no cogía señal y que sólo servía para mostrar millones de puntitos negros y blancos que luchaban entre ellos. A los dos niños les encantaba quedarse mirando aquella televisión, haciendo apuestas por cuál sería el ganador en aquella batalla eterna. En el fondo del cuarto había una ventana que daba al jardín de él y al de ella. Desde aquella ventana la niña se asomaba y podía sonreír a su limonero y susurrarle que estaba bien y que iría para la hora de cenar. En el momento en el que eso ocurrió, la niña le miraba mientras su vecinito le besaba, y se preguntaba cómo aquel limonero podía ser un bosque si sólo era un árbol. Comenzó a hacerse de noche y en la ventana se fue dibujando poco a poco el interior de la habitación, seguida de una sombra oscura, fina y vertical entre la puerta y el marco; un ojo apareció suspendido en aquella franja oscura reflejándose en la ventana. El ojo miraba a la niña fijamente y ella dejó de ver al cítrico para sólo ver aquella sombra. Su vecinito, al descubrir el nuevo cuerpo frío de su compañera, dejó de besarla justo cuando la puerta se abrió.

LA NIÑA: Su papá vino y abrió la puerta tan fuerte que creó una ventisca y nos separó. Me miró de arriba a abajo y

después se quedó en mis ojos, y mi cuerpo estaba frío por todos los sitios en los que me había besado; en la frente, la boca, el cuello, los brazos, la tripa, las piernas, pero a él no le miró y no se le congeló nada y se pudo mover cuando nos gritó “¡Venga, vestiros!” y no dejaba de mirarme y no me podía vestir hasta que se acercó y puso su mano en mi hombro y me agitó, pero creo que se asustó del frío porque quitó la mano muy rápido y puso la cabeza contra la puerta y pude escuchar su respiración llamando, y cuando me dejó de mirar volvió a decir “Vístete” pero más suave y se me fue el frío de los dedos y me vestí, y nos cogió a él y a mí del brazo y nos sacó del cuarto y dijo “Id a la calle a jugar”, mientras me miraba una última vez.

LA NARRADORA: La niña cayó al suelo y en posición fetal, parecía un limón arrancado de su matriz.

LA NIÑA: Lo siento, lo siento... No nos volverán a dejar jugar... Pero tú y yo seguiremos juntos, ¿verdad?

LA NARRADORA: La niña intentó volver a ver a su vecino, pero el padre decidió que mudarse era la mejor solución para que su hijo no volviera a ver a su amiga. En el colegio, la niña seguía buscando a su vecinito en los cuerpos de sus compañeros de clase; se los llevaba al huequito de la parte de atrás del colegio, y se imaginaba que seguía en aquella habitación. En el huequito, las hormigas voladoras solían entrar con la llegada del otoño y se divertían revoloteando sobre los niños, pero esa vez, no eran las alas de las hormigas lo que se movía, sino miles de ojos idénticos, que interferían entre los besos de la niña y sus compañeros, convirtiendo sus cuerpos en enjambres de miradas, donde la boca de la niña se quedó atrapada.

LA NIÑA: Aún tengo hormigas en la boca. Estaba en el suelo y no me podía mover. Escuchaba a los niños gritándome para que saliera, pero los ojos me decían que eso me pasaba por hacer algo malo, me decían que ahora me tendría que quedar ahí para siempre.

LA NARRADORA: Aunque la niña dejó de acercarse a sus compañeros, dentro de ella su deseo seguía despierto y le hacía imaginar miles de fantasías de amor, que ahora estaban infectadas. Dentro de cada secreto que le contaba la niña al limonero, estaba latente aquel parásito, que ahora viajaba de su voz hasta las raíces del limonero, subiendo por su corteza, deshojando sus ramas, amputando sus limones.

LA NIÑA: ¿Si te dejo de contar mis secretos dejarás de morirme? Por favor, por favor...

LA NARRADORA: La niña dejó de contarle sus secretos para salvarle, pero el limonero no paró de marchitarse al igual que las pesadillas de la niña no cesaban y hacían que enfermara junto a su amigo.

LA NIÑA: ¿Si ya no te hablo por qué mueres? ¿Y si es mi piel lo que te enferma? ¿Y si soy yo entera?

LA NARRADORA: . Cada cosa siguió su propio camino, aunque fuese enquistarse dentro del cerebro o dentro de un limón y entonces la niña recordó que daba igual, que sus promesas no tenían valor, que no podría salvarlo, porque todo lo que crece en aquel rincón del jardín, termina por morir. Cuando llegó el invierno, el limonero dejó caer sus últimas hojas sobre las manos de la niña, en un último intento por decirle con el hilo de voz que aún quedaba en

su carne, que deseaba que su muerte despertase un ápice del antiguo amor que había dentro de ella. Pero ella ya no le miraba con sus propios ojos y no escuchaba la voz del que fue su amigo y confesor.

LA NIÑA: ¿Por qué no me dijiste qué te hizo enfermar?

LA NARRADORA: La niña se marchó del jardín, con tierra bajo sus uñas y un limón, al que le hizo una última promesa.

LA NIÑA: Esperaré hasta que te pudras, y entonces me iré contigo.

LA NARRADORA: Pero la primavera llegó y ese limón seguía amarillo y duro, fortalecido por una vida lejana que la niña trataba de descifrar, sintiéndose ajena a aquel limón y a los nuevos y pequeños brotes que parecían volver a crecer, mientras ella continuaba muriendo. Aquel tiempo que antaño habían compartido, ahora les separaba.

ESCENA SEGUNDA

¿A QUIÉN LE CUENTAS TUS SECRETOS?

LA NARRADORA: La niña, convertida en la mujer está sentada en la cama junto al hombre 1. Sólo hay una pequeña luz.

EL HOMBRE 1: ¿Por qué no subimos la persiana?

LA MUJER: Estoy a gusto así.

EL HOMBRE 1: Es de día, así entra algo de sol.

LA MUJER: No. Así estoy bien.

EL HOMBRE 1: Vale. (*Silencio*) ¿Te puedo abrazar?

LA MUJER: Vale. (*Silencio*) ¿Sabes? De pequeña tenía un limonero. Es curioso, porque le contaba todos mis secretos. ¿Tú a quién le cuentas los tuyos?

EL HOMBRE 1: No tengo.

LA MUJER: Todos tenemos.

EL HOMBRE 1: Pues yo no.

LA MUJER: Había veces, cuando se acumulaban muchos limones, que los cogía y les susurraba un secreto a cada uno. Después, corría para hacer limonada y la vendía a dos euros en la esquina de la manzana. Y si me quedaba

sin zumo o sin secretos sólo tenía que correr y hacer alguna trastada innombrable y volver a exprimir.

EL HOMBRE 1: Es un poco sádico, ¿no?

LA MUJER: ¿Por qué?

EL HOMBRE 1: No sé. Hacerle beber tus secretos a la gente...

LA MUJER: ¿Crees que se los bebían de verdad? (*Ríe*)

EL HOMBRE 1: Bueno, no sé.

LA MUJER: ¿Tú jugabas a algo o te pasa como con los secretos?

EL HOMBRE 1: Atropellaba a barbies con su propio coche.

LA MUJER: Después yo soy la sádica.

EL HOMBRE 1: Pero cuando tenía que ir al médico, recordaba que las había hecho daño y las llevaba para que las curase un médico de verdad. Las sentaba en fila en la camilla y el médico, que ya me conocía, las hacía un reconocimiento mientras yo las miraba y acariciaba el pelo, preocupado, sin saber si sobrevivirían o no.

LA MUJER: ¡Qué tierno!

EL HOMBRE 1: ¿A qué sí? (*Ríen. Silencio*) ¿Qué le pasó a tu limonero?

LA MUJER: Se murió.

EL HOMBRE 1: ¿De qué?

LA MUJER: No lo sé.

EL HOMBRE 1: Tal vez de tristeza.

LA MUJER: ¿Tristeza de quién?

EL HOMBRE 1: Hay una enfermedad que se llama “Tristeza de los cítricos”.

LA MUJER: ¿Y eso cómo lo sabes?

EL HOMBRE 1: Me gusta recorrer páginas de Wikipedia.

LA MUJER: ¿Qué les pasa a los cítricos?

EL HOMBRE 1: Es un virus que se propaga principalmente por pulgón.

LA MUJER: Él no tenía pulgón.

EL HOMBRE 1: El nombre, creo recordar, hace referencia a las pérdidas de cultivo que generó esta epidemia en los campos de Latinoamérica y en otras partes del mundo, no es la tristeza de los árboles, sino de las personas que perdieron todos esos cítricos.

LA MUJER: ¿Crees que la tristeza es un virus? (*Silencio*)

EL HOMBRE 1: Supongo que a veces puede serlo.

LA MUJER: Echo de menos a mi limonero, ahora mismo saldría por la ventana y le contaría lo que acaba de pasar entre tú y yo.

EL HOMBRE 1: ¿Qué es lo que ha pasado entre tú y yo?
¿Que nos hayamos acostado?

LA MUJER: No. Tú has sido la primera persona con la que me he acostado. (*Silencio*)

EL HOMBRE 1: Vaya.

LA MUJER: ¿Qué?

EL HOMBRE 1: Que no nos conocemos.

LA MUJER: ¿Y qué?

EL HOMBRE 1: Pues... No sé. Que no lo sabía.

LA MUJER: Claro. No lo sabías porque yo no te lo había dicho.

EL HOMBRE 1: Habría sido diferente.

LA MUJER: No habrías querido acostarte conmigo.

EL HOMBRE 1: O sí.

LA MUJER: ¿Habrías follado con alguien tan mayor que nunca ha tenido relaciones?

EL HOMBRE 1: Mira, esto no me gusta.

LA MUJER: A mí sí me ha gustado.

EL HOMBRE 1: Habría sido menos...

LA MUJER: ¿Menos qué?

EL HOMBRE 1: Menos brusco.

LA MUJER: ¿A qué te refieres?

EL HOMBRE 1: No sé... No me habría..., no me habría corrido en tu cara. No te habría tirado del pelo... No te habría pegado.

LA MUJER: Me gusta cómo ha sido.

EL HOMBRE 1: Oye, creo que me voy a marchar.

LA MUJER: ¿Por qué?

EL HOMBRE 1: Porque esto es raro, tía.

LA MUJER: ¿Que hayas sido la primera persona con la que me he acostado?

EL HOMBRE 1: No. Que no me lo hayas dicho. Que me hayas invitado a tu casa sin conocerme. Que me digas que le contabas secretos a un limonero. Que te hayan gustado todas esas barbaridades. *(Silencio. Comienza a irse)*

LA MUJER: ¿Cómo debería de haber sido entonces?

EL HOMBRE 1: Con otra persona. Alguien especial.

LA MUJER: Eso es un cliché.

EL HOMBRE 1: Yo creo que no.

LA MUJER: Por favor, quédate.

EL HOMBRE 1: No puedo.

LA MUJER: Por favor.

EL HOMBRE 1: No.

LA MUJER: No quiero estar sola.

EL HOMBRE 1: Adiós.

LA NARRADORA: El hombre 1 se marcha y la mujer se queda sentada en la cama. Finalmente se levanta y sube la persiana. En el centro del jardín el limonero, grande, verde, lleno de limones, comienza a moverse con fragilidad ante la mirada fija de la mujer.

PAISAJE PRIMERO

EL DESIERTO ESTÁ HECHO DE POLVO DE SEMILLAS

*Un limón sube y baja rodando por las dunas del desierto,
su ritmo denota cierta voluntad
y su figura conviviendo con la arena y el sol hacen del paisa-
je algo extraordinario.*

*A lo lejos se intuye cierta feminidad;
dos ojos y una boca salivante que observan.*

*El limón acelera y se esconde en la arena,
atravesándola verticalmente.
Las dunas, por la presión de este nuevo cuerpo, se hinchan y
deshinchan y acunan la fruta.*

*Los latidos del desierto despiertan esperanza en los ojos, y
con una última mirada se dan la vuelta y se alejan.*

*El tiempo sigue sucediendo aunque no haya nada que actúe
y en el interior del desierto el limón se descompone,
quedando sólo las semillas.*

*La boca de aquella feminidad, en cambio, no se seca y alum-
bra un nuevo limón que cae en otro rincón del desierto, y
corre y se esconde y se mece y se muere para dejar paso a
una simiente más, imán de un agua que no llega.*

*Ojos y boca siempre deseantes no saben que el desierto está
hecho de polvo de semillas.*

ESCENA TERCERA

SANO Y PODRIDO, LIMPIAR Y SECAR

LA NARRADORA: En una habitación la mujer, el hombre 2 y limones.

EL HOMBRE 2: ¿Por qué tienes tantos limones?

LA MUJER: Han crecido tan de repente que no sabía qué hacer con ellos.

EL HOMBRE 2: Y los has metido dentro de tu casa.

LA MUJER: Se estaban pudriendo en el suelo y he decidido rescatarlos y ahora se acumulan como por arte de magia en todos los rincones de mi casa: en la cesta de la ropa sucia, los cajones de los cubiertos, el váter, en mis bolsillos...

EL HOMBRE 2: ¿Y no llegará un momento en el que se desborden y salgan por la calle en una avalancha?

LA MUJER: Hice litros y litros de sorbete de limón, pero estaba demasiado amargo; supongo que no distinguí entre los sanos y los podridos, así que cuando alguien viene a casa lleno una bolsa de plástico y les doy dos o tres kilos. A todos les saben dulces menos a mí.

EL HOMBRE 2: Es una nueva modalidad de hospitalidad.

LA MUJER: Hago que se lleven un buen pellizco de terror.

EL HOMBRE 2: ¿Sabes? En mi casa sucede algo parecido.

LA MUJER: ¿El qué?

EL HOMBRE 2: Los calcetines se quedan pegados a las baldosas y puedes escuchar cómo se despegan.

LA MUJER: ¿Por qué?

EL HOMBRE 2: El agua que uso para fregar siempre está sucia. Cuando viene gente a casa me río porque se sienten incómodos al caminar. De hecho, prohíbo a la gente andar con zapatos: sólo se permiten calcetines.

LA MUJER: Tu casa también está encantada.

EL HOMBRE 2: Hay cosas que son inevitables.

LA MUJER: Quiero hacer el amor. (*Silencio*)

EL HOMBRE 2: En mi casa se puede ver perfectamente quién ha caminado por el suelo. Se quedan sus huellas dibujadas en gris, creando un yacimiento con aquellos que vinieron a verme. A mí. A veces parece poca cosa, ¿verdad? Pero ser visto y dejar constancia de esa mirada es lo contrario a la suciedad, ¿por qué lo sucio iba a ser algo malo? Unos hacen fotografías, yo vacío mi casa de muebles para que el suelo esté despejado. (*Silencio*) Soy capaz de reconocer en cada huella a la persona que vino y ponerle nombre, pero no a las mías. Dedico demasiado tiempo a lavarme los pies y secarlos para que estén impolutos y no dejar ninguna mancha. Limpiar y secar, limpiar y secar... Hay gente que cuando viene me dice “¿Cómo puedes vivir así?” y yo les suplico que entren mientras que saco la

fregona para que vean que tengo buenas intenciones, que quiero cambiar y solucionar todo aquel desastre. Entran y friego el suelo como levitando, pero ellos no saben que en aquel agua hay más y más huellas, todas menos las mías... ¿acaso puedo llamar a ese lugar *mi casa*? (*Silencio*) ¿Qué es lo que quieres tú?

LA NARRADORA: La mujer se acerca al hombre 2 con un limón en la mano, que comienza a exprimir. El líquido invita a la carne a la simbiosis, y sus cuerpos se adhieren.

PAISAJE SEGUNDO

EL COÁGULO DE COLOR “LIMÓN PODRIDO”

Un coágulo de sangre amarilla se desprende del espectro de una vagina y se posa en la superficie del desierto.

Dentro de él hay una fuerza parasitaria que empuja sus paredes,

y el desierto lo sabe.

El coágulo de color “limón podrido” deambula buscando ocasos tras las dunas,

ajeno a su propio centro.

En su búsqueda circular e idéntica, el coágulo riega la arena con su propia viscosidad.

Las dunas

lo acogen en un profundo abrazo,

perforándolo hasta llegar a su núcleo.

En el interior del coágulo de sangre amarilla, los granos de arena flotan entre líquido amniótico,

y ahora, separados de la inmensidad de su propio paisaje,

se convierten en habitantes de una materia que no es la suya.

Los granos de arena buscan, entre los recovecos gelatinosos del coágulo,

a la fuerza parasitaria para expulsarla,

pero el parásito se revuelve, haciendo del coágulo un laberinto hiriente.

Los granos de arena bucean llamando desesperados al sol,

pero se deshacen, pierden su color y se funde

con la transparencia que les vio nacer.

ESCENA CUARTA

UN CUERPO ES UN AGUJERO POR EL QUE CAERNOS

LA NARRADORA: La mujer y el hombre 3 en una habitación llena de ramas, hojas, cortezas.

LA MUJER: Las ramas de los limoneros están llenas de espinas. Son puntiagudas, largas y finas. Una vez me clavé una en la palma de la mano. La aparté rápidamente. No quería que mi sangre llegase a tocar sus ramas o su tierra. Esa fue mi forma de castigarle.

EL HOMBRE 3: ¿Castigar?

LA MUJER: Le he dado hasta los latidos del corazón, darle mi sangre habría sido demasiado. (*El Hombre 3 intenta besarla*) ¿Tú también quieres hacerme daño?

EL HOMBRE 3: ¿Qué?

LA MUJER: Todos los amantes lo hacéis.

EL HOMBRE 3: Yo no quiero hacerte daño.

LA MUJER: ¿Por qué no eres capaz de reconocerlo? Os escondéis y miráis desde una sombra dentro de vosotros mismo, deseando que la otra persona os lo regale todo. Así justificáis vuestra crueldad.

EL HOMBRE 3: Creo que exageras.

LA MUJER: ¿En qué punto?

EL HOMBRE 3: En lo de que nos lo regaléis todo.

LA MUJER: ¿Y no en la crueldad?

EL HOMBRE 3: Yo quiero que me des lo que tú quieras

LA MUJER: ¿No te gusta ver cómo alguien se somete ante ti?

EL HOMBRE 3: No.

LA MUJER: Que te abra sus intimidades y te las muestre sin pedir nada a cambio, para que tú hagas lo que quieras con ellas. *(Silencio)*

EL HOMBRE 3: Ah, así que te va ese rollo.

LA MUJER: ¿Qué rollo?

EL HOMBRE 3: El sadomaso.

LA MUJER: Llámalo como quieras.

EL HOMBRE 3: ¿Te gusta que te sometan? *(La Mujer se ríe)* ¿Quieres que te coja del cuello? ¿Te doy unos azotes? *(Le coge del cuello. La Mujer le mira en silencio. Poco a poco le coge ella del cuello)* ¿Qué haces?

LA MUJER: ¿Quieres que te bese? *(El Hombre 3 la aparta)* No sólo castigué al limonero sin mi sangre. Le arranqué una a una sus hojas y sus ramas. Al principio gemía de dolor, después, de placer.

EL HOMBRE 3: Creo que debería irme.

LA MUJER: Yo creo que te quieres quedar.

EL HOMBRE 3: Me estás asustando.

LA MUJER: Eso está bien. Vosotros no estáis acostumbrados a sentir miedo.

EL HOMBRE 3: ¿Y por qué debería hacerlo?

LA MUJER: Quiero que tu cuerpo se convierta en un agujero y empujarte para que caigas dentro.

EL HOMBRE 3: ¿Qué estás diciendo?

LA MUJER: Quiero ser la culpable de tu dolor.

EL HOMBRE 3: No.

LA MUJER: También quiero serlo de tu placer.

EL HOMBRE 3: Calla.

LA MUJER: Yo no tengo ningún problema en reconocer mi crueldad, ¿por qué a ti te cuesta tanto? Te conozco. A ti, a los hombres como tú, ¿a cuántos cuerpos has engullido sin siquiera mirar el lugar en dónde caían? Esta es tu oportunidad para ser inocente. (*Silencio*)

EL HOMBRE 3: ¿Qué es lo que quieres?

LA MUJER: Regálame tu cuerpo.

EL HOMBRE 3: Me das miedo.

LA MUJER: Eso me hace desearte aún más. Ven (*El Hombre 3 se acerca lentamente a ella*) ¿Hiciste algo malo?

EL HOMBRE 3: No.

LA MUJER: No mientas, ¿cuándo te volviste un hombre malo?

EL HOMBRE 3: No lo sé...

LA MUJER: Tu cuerpo me lo contará.

EL HOMBRE 3: ¿Qué vas a hacer conmigo?

LA MUJER: Voy a castigarte. (*La Mujer comienza a quitarle la ropa al Hombre 3*)

EL HOMBRE 3: Espera. (*La Mujer acaricia el cuerpo del Hombre 3*) Por favor... (*La Mujer le besa*) Para. (*La Mujer agarra el cuerpo del Hombre 3, él trata de revolverse, ella le agarra más fuerte*) ¡Que pares, joder! (*El Hombre 3 empuja a La Mujer*) ¿Qué coño estás haciendo? (*Silencio*) Me voy. ¡Joder! No te acerques a mí. ¿Dónde ves que sea malo? ¡Mira mi piel! Como la de un chubasquero, nada me moja, nada me pasa, nada me quiere. Tú no tienes la piel como esas mujeres que me reclaman, la tuya es como barro caliente, ¿qué quieres de mí? Ellas, como la porcelana; frágiles y suaves por fuera, pero por dentro frías y ásperas. Cuando metes la polla al igual que el dedo en un jarrón chino lo notas: las impurezas, la falta de cuidado, la falsedad. Ellas están mudas pero me lo piden, desplomadas sobre el colchón, borrachas y olvidadas por sus hom-

bres, quieren que pegue sus cachos con mi semen caliente. *(Silencio)* ¿Sabes? Cuando llega la mañana ellas siempre desaparecen. A veces pienso que iba tan borracho que me lo he imaginado, pero después me miro la polla y la tengo en carne viva, llena de pequeñísimos cortes y surcos y me arde cuando voy a mear. *(Silencio)* En realidad creo que... No lo sé. Creo que las he roto en millones de trozos de porcelana y los he metido por mi uretra para encerrarlas en mi cuerpo. *(Silencio)* ¿Soy un hombre malo? *(Silencio)* Necesito que salgan. *(La Mujer le besa)*

LA MUJER: Túmbate. *(El Hombre 3 se tumba)*

EL HOMBRE 3: Me duele.

LA MUJER: Todo ese daño que hiciste, ¿dónde está?

EL HOMBRE 3: Aquí. *(El Hombre 3 le señala los genitales. La Mujer se desviste y pone su vagina en la boca del Hombre 3, mientras ella le masturba)*

LA MUJER: No te resistas.

EL HOMBRE 3: El semen me quema por dentro.

LA MUJER: Deja que lo haga. *(El Hombre 3 se retuerce. La Mujer coge ramas y comienza a pasar las espinas por su glande)* Esta sangre no es la tuya.

EL HOMBRE 3: No.

LA MUJER: Eres malo.

EL HOMBRE 3: Soy inocente.

LA MUJER: No mientas.

EL HOMBRE 3: Soy un violador. (*La Mujer estrangula al Hombre 3*) Pégame. (*La Mujer le azota con las ramas*) Más fuerte. (*Lo hace, el Hombre 3 gime*) ¡Más fuerte!

LA MUJER: Eres cruel.

EL HOMBRE 3: Sí.

LA MUJER: Estás sucio.

EL HOMBRE 3: Sí.

LA MUJER: Eres culpable.

EL HOMBRE 3: Sí.

LA NARRADORA: El hombre 3 eyacula sobre las espinas mientras llora. La mujer se marcha.

PAISAJE TERCERO

EL CUERPO DEL DESIERTO

*Una voz lucha por hacerse con el cuerpo del desierto.
Como un hilo de voz tratando de unir los granos de arena se
desliza por las dunas,
y hace que la arena se retuerza
y salte al tocar la frecuencia,
y al entrar en su órbita, pequeños remolinos
y tormentas se crean,
hasta llenar el cielo de un espeso espiral amarillo y gris que
baila con la voz.*

*“Déjame hacerme con la violencia del sol para crear
mi rostro,
el espesor de las dunas para mis piernas,
la sequedad de las lluvias para mi sexo”.*

*Pero en el centro de la tormenta un enorme ojo se crea,
y mira de forma imperdonable a la voz que busca su cuerpo
y su violencia.*

*El ojo trata de engullirla y arrebatarse el paisaje,
pero la voz se mueve por las paredes de la tormenta
y consigue deslizarse por todo el desierto,
engullendo las dunas, el cielo y el sol,
creando así un nuevo cuerpo,
un paisaje ardiente,
que deja al ojo desprotegido de color,
en un negro absoluto que cae en el olvido
ante este nuevo cuerpo que ahora
mira y escupe y grita y rabia.*

ESCENA QUINTA

EL CIELO ENTRE TUS RAMAS

LA NARRADORA: La mujer y el hombre 4 en una habitación de motel. En otro plano aparte, la niña con el limonero.

LA MUJER: Estoy cansada.

EL HOMBRE 4: ¿Quieres que te dé un masaje?

LA MUJER: No lo sé.

EL HOMBRE 4: ¿Es tu primera vez? (*Silencio*)

LA NIÑA: Hoy he estado con mi vecinito.

LA MUJER: Sí.

EL HOMBRE 4: Ven. Relájate. (*Le comienza a hacer un masaje*)

LA MUJER: Gracias.

EL HOMBRE 4: Tienes muchas contracturas.

LA NIÑA: Es el mejor de mis novios porque siempre quiere jugar conmigo.

EL HOMBRE 4: ¿Trabajo?

LA MUJER: No.

EL HOMBRE 4: No tenemos que hablar si no quieres.

LA MUJER: Sí, hablemos. Necesito hablar.

EL HOMBRE 4: *(Continúa con el masaje)* ¿Te duele?

LA MUJER: No.

EL HOMBRE 4: ¿Estás bien?

LA MUJER: Estoy bien. Gracias.

EL HOMBRE 4: Tu piel es muy suave.

LA MUJER: Ya no.

LA NIÑA: Primero hemos jugado a darnos besos muy muy tímidos.

EL HOMBRE 4: Pues yo creo que sí, muy muy suave...

LA MUJER: No tienes que decirme cosas bonitas si no quieres.

EL HOMBRE 4: Quiero. *(Silencio)*

LA NIÑA: Pero luego él quería jugar a darnos besos de novios y yo no he querido.

EL HOMBRE 4: Tienes una boca preciosa.

LA NIÑA: Cuando insiste es muy muy pesado.

LA MUJER: Hacía demasiado tiempo que nadie me decía cosas hermosas.

LA NIÑA: ¿Sabes?

EL HOMBRE 4: Quiero que te sientas bien. *(Silencio, le sigue acariciando la piel)*

LA NIÑA: A veces me gusta más besar tus flores que su boca.

LA MUJER: ¿Cómo eras de pequeño?

EL HOMBRE 4: Callado. Mi madre me llevó a varios médicos porque pensaba que tenía algún tipo de problema de aprendizaje o vete tú a saber. Pero no. Sólo era callado. Ahora ya no. Ahora he tenido que comenzar a hablar.

LA MUJER: ¿Y no te gustaría volver a guardar silencio?

EL HOMBRE 4: Sí.

LA MUJER: Cuando era pequeña me encantaba pasear por el jardín de noche. Tenía un gran limonero que me gustaba mucho y recuerdo que levantaba la cabeza y creía que podía convertir las estrellas en limones. *(Se ríe)* Qué tonta era, pensaba que la lluvia de estrellas era, en realidad, una lluvia de zumo de limón.

EL HOMBRE 4: ¿Tonta por qué?

LA MUJER: Pensaba que la tierra, el limonero y yo estábamos hechos de lo mismo.

EL HOMBRE 4: Sólo eras una niña.

LA MUJER: Me pregunto dónde estará ella ahora. *(El Hombre 4 comienza a besar a La Mujer y a quitarle la ropa poco a poco)*

LA NIÑA: Cuando no le quiero dar besos de novios se enfada y jugamos al juego de los segundos.

LA MUJER: Eres muy dulce.

EL HOMBRE 4: ¿Te gusta así?

LA NIÑA: Echamos a suertes los turnos y me toca a mí la primera.

LA MUJER: Bésame como si no supieras hacerlo. *(Se besan)*

LA NIÑA: E igual que te mueves tú para los lados cuando viene mucho viento, pues yo me subo la camiseta y cuento hasta diez moviéndome igual.

LA MUJER: Deseo tanto volver atrás...

EL HOMBRE 4: ¿Por qué?

LA MUJER: Ya no soy capaz de imaginar.

EL HOMBRE 4: Nos hacemos mayores.

LA MUJER: A mí me hicieron crecer.

LA NIÑA: Después le toca a él y se sube la camiseta y cuenta, pero muy rápido...

LA MUJER: Borraría todos los ojos que miran a los niños y los convierten en abominaciones, en parásitos de sí mismos.

LA NIÑA: Así: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.

LA MUJER: Me ensuciaron de por vida. ¿Qué hay de malo en amar?

LA NIÑA: ¡No vale hacer trampas!

EL HOMBRE 4: Nada.

LA NIÑA: Así que lo repite.

LA MUJER: ¿Entonces por qué yo no puedo volver a hacerlo?

EL HOMBRE 4: Ven. *(Abraza a La Mujer con fuerza, mientras acaricia todo su cuerpo)*

LA NIÑA: Me gusta más jugar contigo, porque tú no haces trampas, aunque tú no puedes jugar al juego de los segundos porque no llevas ni camiseta ni pantalones.

EL HOMBRE 4: ¿Sabes? Yo borrraría a mi padre. Haría que mi madre conociera a un hombre bueno. Dejaría de existir para que mi madre fuera feliz. *(Le besa por todo el cuerpo)*

LA MUJER: He crecido demasiado. Mi cuerpo se ha ensanchado y alargado y está lleno de cosas que no son mías. ¿Cómo he permitido eso? Quiero volver a hacer el amor con inocencia. *(Silencio. Se besan, se tocan, cada vez con más fuerza)*

LA NIÑA: Entonces volvemos a jugar sin trampas. Le miro y le sonrío cada parte de su cuerpo... Y él cuenta bien mientras se baja los pantalones y se quita la camiseta.

LA MUJER: Mírame como si fueras un niño. *(El Hombre 4 se queda quieto)* Y yo lo haré como si fuera una niña. *(Silencio)*

EL HOMBRE 4: Eso no es lo que habíamos acordado.

LA MUJER: Lo sé, pero...

EL HOMBRE 4: De haberlo sabido no habría aceptado.

LA MUJER: Te pagaré lo que quieras.

EL HOMBRE 4: No es cuestión de dinero...

LA MUJER: No tengo otra cosa que ofrecerte.

EL HOMBRE 4: No sé si puedo hacer lo que me estás pidiendo.

LA MUJER: Es fácil, es un juego.

EL HOMBRE 4: No...

LA MUJER: Necesito volver a sentirlo, por favor. *(Silencio)*

EL HOMBRE 4: Está bien. *(Se miran en silencio, hay distancia entre ellos. Ella alarga el brazo y le roza el brazo, acariciándolo)*

LA NIÑA: Cuando ya está su ropa y la mía en el suelo jugamos al juego de las cosquillas, pero diciendo dónde queremos.

LA MUJER: ¿Te gusta?

EL HOMBRE 4: Sí.

LA NIÑA: Así, mira.

LA MUJER: Tranquilo. *(Ambos respiran profundamente)*

LA NIÑA: En la tripa *(Coge una rama del limonero y la pasa por su tripa)*

LA MUJER: Ahora tú. *(Él acaricia el brazo de ella hasta llegar al hombro y pasar a su pecho)* Más despacio. Así. *(Se ríe)* Me haces cosquillas. ¿Dónde quieres que te acaricie?

LA NIÑA: Y él dice: *en el cuello* *(Coge otra rama y la pasa por su cuello)*

EL HOMBRE 4: Aquí *(Se señala la tripa. La Mujer le acaricia la tripa. Ambos se ríen)* ¿Y tú? *(La Mujer señala su costado, le acaricia. Poco a poco llegan con sus dedos a sus labios)*

LA MUJER: Me gustan tus labios. Son blanditos.

EL HOMBRE 4: Los tuyos también.

LA MUJER: ¿Puedo darte un beso?

EL HOMBRE 4: Sí. *(Se acerca muy lentamente y se queda a muy poca distancia de su boca, sin llegar a besarle) Tu aliento me hace cosquillas. (Él pone sus labios sobre los suyos, sin moverlos. Ella se aparta y se ríe)*

LA MUJER: Me da vergüenza. A ver, otra vez *(Ella se acerca a él y poco a poco mueven los labios hasta que se transforman en un beso)*

LA NIÑA: A mí no me hacen cosquillas los dedos, así que lo hacemos con la boca.

LA MUJER: ¿Quieres jugar a los besos?

EL HOMBRE 4: Sí.

LA MUJER: Hay que besar una parte del cuerpo del otro que no hayamos visto nunca. Así. *(La Mujer se agacha y le besa el interior de las rodillas)*

LA NIÑA: ¡Nos besamos todo el cuerpo y saltamos y nos reímos mucho! ¿Pero sabes dónde tengo muchas más cosquillas? ¡Aquí! *(Coge una rama y la pasa por su vientre)*

LA MUJER: Te toca. *(El Hombre 4 busca en el cuerpo de La Mujer un recoveco al que besar)*

LA NIÑA: Él también tiene muchas cosquillas en esa parte, ¡se nos pone la cara muy colorada de la risa!, ¿tú tienes? *(Acaricia y besa al limonero justo en la apertura de sus ramas principales)* ¿A que hace cosquillas? *(El juego entre La Niña y el limonero aumenta y coge las*

ramas del árbol y las pasa por su cuerpo haciéndose cosquilla, entrelazando su cuerpo con el del cítrico mientras ríe. Mientras, el Hombre 4 besa el codo de La Mujer; La Mujer los omóplatos del Hombre 4; El Hombre 4 el interior de los dedos de las manos; La Mujer detrás de las orejas, en los pies, al final de la columna vertebral, en el interior de los muslos... Se besan en todo el cuerpo mientras se miran y sonríen con dulzura. Al mismo tiempo La Niña, en ese juego, termina subida en el limonero, acurrucada entre sus ramas y respirando profundamente. Mientras tanto, La Mujer comienza a besar el vientre del Hombre 4, bajando hasta sus ingles, rozando sus genitales por encima de la ropa interior)

EL HOMBRE 4: Para... *(Ella sigue, sin escuchar)* Para. *(Él le coge las manos y ambos se miran fijamente)*

LA MUJER: ¿Qué pasa?

EL HOMBRE 4: No puedo.

LA MUJER: ¿He hecho algo mal?

EL HOMBRE 4: No puedo hacer lo que me estás pidiendo.

LA MUJER: ¿Por qué me miras así?

EL HOMBRE 4: Es demasiado.

LA MUJER: Me das miedo...

EL HOMBRE 4: Lo que me estás pidiendo es...

LA MUJER: ¿Es qué?

EL HOMBRE 4: No lo sé...

LA MUJER: ¿Por qué dejas de ser un niño para mirarme?

EL HOMBRE 4: No soy un niño.

LA MUJER: Tú la has traído hasta aquí.

EL HOMBRE 4: ¿A quién?

LA MUJER: La has traído para mirarla así. Has traído a la niña.

EL HOMBRE 4: No. Tú la has traído. Lo que me estás pidiendo es abominable. Tiene que haber algún límite. (*Se viste*)

LA MUJER: Yo no he ensuciado nada. (*Él comienza a marcharse*)

LA NIÑA: ¿Sabes?

LA MUJER: No volveré a amar el cuerpo de ningún hombre.

LA NIÑA: Me gusta más estar aquí subida, con el cielo entre tus ramas, que estar con él.

ESCENA SEXTA

LA TRISTEZA DE LOS CÍTRICOS

LA NARRADORA: La mujer se dirigió al rincón del jardín en el que el limonero parecía destinado a morir y pensó que tras su muerte una nueva vida crecería. Lo miraba con distancia, como lo había hecho antaño mientras le preguntaba de mil formas diferentes la causa de su muerte, pero ahora ya no se preguntaba a quién pertenecía ese fallecimiento, la mujer sabía que en su corteza despellejada estaba escrito su nombre, y sus manos, que antes se dirigían a la tierra pidiendo clemencia, se disponían a dar una última caricia. La mujer se sentó y apoyó su columna contra la médula del cítrico, y en el silencio de dos cuerpos a los que la tierra parece haberles negado el sustento, surgió la calma de la infancia: una niña y un limonero respiran al mismo tiempo. Allí recostada, la mujer miró entre las raquílicas ramas la ventana de su vecino. Se imaginó por un instante que estaba en aquella habitación, que las sábanas dejaban de estar tensas y que la televisión seguía sin señal. Se vio a sí misma mirando por la ventana, contemplando al limonero lleno de vida. Se imaginó que en esa habitación, en esa ventana y en su mirada sólo había amor. Se imaginó que esa niña aún seguía ahí.

LA MUJER: Recuerdo aquella vez que yo era muy pequeña y tú estabas muy enfermo. Mi amor estaba muriendo junto a ti, así que busqué en los recovecos de mi cuerpo maneras de sostenerte y exprimí todos mis fluidos para revivirte: escupí, sangré, oriné. Lo repetí como un mantra hasta que mi cuerpo se vació por completo y caí al suelo, igual de rota que tú.

Recuerdo el silencio.

Recuerdo la frágil vibración de tus pedazos.

Recuerdo sus lentos movimientos imantados por mi cuerpo.

Recuerdo cómo subían por mis extremidades hasta completar mi figura. Cada trocito de ti encontró su lugar y bombeó vida dentro de mi pequeño cuerpo.

Tus fragmentos sobre mis fragmentos crearon una forma completa y nueva que ahora puedo recordar, pero..., ¿cómo reaccionar ante la vida cuando la infancia es demasiado grande?

¿Qué hace una niña que ama tanto que siente que muere?

¿Qué hace una niña que conoce la culpa porque la lleva en su cuerpo?

¿Qué hace una niña a la que obligan a matar a su amor?

¿Qué hace una niña que quiere morir pero no muere?

¿Qué hace una niña cuando destruyen su propio mundo?

¿Qué hace una niña en una habitación ahogándose con su propia infancia?

No te perdono.

No te perdono por abandonarme,

por ser árbol,

por yo no ser árbol,

por no mover tus raíces y sacarme de todas las habitaciones en las que me quedé encerrada perdiendo, buscando, follando.

Perdóname.

Has recorrido toda la tierra del mundo con las raíces vaciadas para verme de nuevo,

y yo he perdido toda mi sangre para encontrarte,

somos el desierto de nosotros mismos.

(Silencio)

La piel que te falta es la piel que me he arrancado por las noches cada vez que he perdido mi amor; cada limón que se pudre en la tierra es cada óvulo que ha caído infértil

por el miedo a la vida; ¿el parásito nada por nuestro tuétano? Despelléjame y deja al descubierto mis músculos, mis huesos, mis venas e interroga mi vida; esta desnudez es la promesa de nuestra inocencia.

Te necesito vivo.

Te quiero vivo.

Tú eres lo imprescindible para que el agua llegue sobre nosotros,
eres el imán férreo que se planta sobre la tierra y que el agua desea regar, porque el agua tiene un deseo y es el de insuflar vida a quien lo pide a gritos,
seremos una ofrenda al sol que se pierde en el paisaje,
esperando el momento para crecer de nuevo y convertirnos en un oasis para los sedientos,
quiero ser tú y que seas yo quiero que seamos lo mismo y que nunca volvamos a nacer ni a morir.

(Silencio)

¿En qué tierra viviré?

¿Con qué boca te hablaré cuando tus raíces estén podridas?

¿Quién ocupará este espacio del jardín cuando tú no estés?

¿Quién ocupará el lugar de todos a los que amé?

¿Quién?

(Silencio)

Tú y yo guardaremos silencio

y seremos uno,

tal vez sin cuerpo y sin voz,

algo asombroso,

porque la tristeza de los cítricos,

no es insignificante.

VUELVE

ROMEO URBANO

FINALISTA

“Que l'on est bête
Quand on est amoureux,
Que l'on est bête
Mais comme on est heureux.
En amour, l'esprit est une enclume
Et c'est lourd
Quand on est fait de plumes”.
Thomas Fersen, *Que l'on est bête*.

PERSONAJES

Mario

Félix

ESPACIO

Las calles de Madrid.

TIEMPO

Una tarde de finales de agosto.

CANCIÓN

The Windmills of Your Mind / Les Moulins de Mon Cœur

Música: Michel Legrand.

Letra: Alan y Marilyn Bergman.

Adaptación al francés: Eddy Marnay.

Nota

/ indica que la siguiente réplica comienza en ese punto.

-- indica que la siguiente réplica interrumpe el final de la frase.

En alguna parte, un músico solitario le arranca la obsesiva melodía de Les moulins de mon cœur a una guitarra.

Mario espera bajo el sol poniente. Barba de dos días, amplias entradas, ojos nerviosos. La camisa de flores le queda un poco estrecha. No sabe dónde meterse el programa que lleva en la mano. Y el calor empieza a hacerle sudar. Los espectadores se han ido hace rato, y la plaza a la que da el teatro está casi vacía.

Con el final de la canción, Félix sale a la calle, mochila al hombro y cigarrillo en la oreja, y lo busca con la mirada. Con la ropa negra que lleva parece más esbelto aún. Su pelo rubio, tan ensortijado como antes, enmarca unas gafas que Mario no recordaba.

Al verlo, Félix le regala una luminosa sonrisa y recorre el espacio que los separa. Mario busca palabras ingeniosas tras las que ocultarse, pero el largo y afectuoso abrazo de Félix lo deja en blanco.

FÉLIX: Hola, guapo.

Su acento francés.

MARIO: ¿Qué tal, señor?

Las manos en su espalda.

FÉLIX: Muy bien, ¿y tú?

El olor de su pelo.

MARIO: Bien.

Sin soltarlo, Félix se separa y lo mira.

FÉLIX: Estás igual.

MARIO: No mientas. Igual, estás tú.

FÉLIX: Bueno. Gracias.

El abrazo termina.

MARIO: Esto es muy fuerte.

FÉLIX: Es raro.

MARIO: Un poco.

FÉLIX: Surrealista, ¿no?

MARIO: Mucho.

Risas incómodas.

MARIO: ¿Cómo ves Madrid?

FÉLIX: Bien. Me gusta.

Parece el mismo de siempre.

MARIO: Siempre tuviste gafas?

FÉLIX: *Lentilles...* Lentillas. Pero ya no tengo.

MARIO: Yo sigo con ellas.

FÉLIX: Yo me cansé.

MARIO: Te quedan bien, las gafas.

FÉLIX: Gracias.

MARIO: Muy *vintage*.

FÉLIX: Ah, bueno--

MARIO: Eres un *hipster* de libro, ¿verdad?

FÉLIX: ¿Tú piensas?

MARIO: Bicicleta, mínimo, tienes.

FÉLIX: Tengo.

MARIO: Y eres vegano.

FÉLIX: No. Pero como poca carne.

MARIO: Te falta la barba.

FÉLIX: Eso lo intento, pero es imposible.

Es el mismo de siempre.

MARIO: Estás exactamente igual, Félix.

FÉLIX: Bueno, no ha pasado tanto tiempo.

MARIO: Seis años.

FÉLIX: No demasiado.

MARIO: ¿Tú sabes cuánto pelo he perdido yo en seis años?

FÉLIX: *(Ríe)* ¿Todo?

MARIO: Todo, no. Sólo el de la cabeza.

FÉLIX: Ah, bueno. Bien.

Un recuerdo ha brillado fugazmente en los ojos de Félix.

FÉLIX: ¿Un paseo?

MARIO: ¿Ya has terminado?

FÉLIX: Yo, sí. Los demás todavía no.

MARIO: ¿Y te escaqueas?

FÉLIX: ¿Cómo?

MARIO: Que si te vas y los dejas a ellos.

FÉLIX: Sólo hoy.

MARIO: A mí no me importa esperar. A ver si vas a quedar mal por mi culpa.

FÉLIX: No pasa nada. Es sólo hoy. Y no es mucho.

MARIO: ¿No? El banco, la farola, el vestuario, los filtros--

FÉLIX: Media hora. De verdad.

MARIO: Vale, como quieras. ¿Pues dónde vamos?

FÉLIX: Donde tú me lleves.

Mario se calla lo que ha pensado.

MARIO: ¿Os quedáis el fin de semana?

FÉLIX: Partimos a las seis de la mañana.

Demasiado pronto.

MARIO: ¿Tan pronto?

FÉLIX: Ellos lo decidieron.

MARIO: ¿Y por qué? Siendo viernes hoy...

FÉLIX: Porque algunos trabajan mañana.

MARIO: ¿Y tú?

FÉLIX: Yo no.

MARIO: Ah.

FÉLIX: Bueno, todavía falta un tiempo para las seis.

MARIO: Unas horas.

FÉLIX: Tenemos que aprovechar entonces.

Qué remedio. Mario echa a andar, Félix a su lado.

MARIO: Oye, gracias por la invitación.

FÉLIX: ¿Te ha gustado?

MARIO: Mucho.

FÉLIX: ¿De verdad?

MARIO: Me he emocionado.

FÉLIX: ¿En serio?

MARIO: ¿Te extraña?

FÉLIX: Me daba miedo tu opinión.

MARIO: No mientas. La obra está muy bien, y lo sabes.

FÉLIX: ¿Qué te ha gustado más?

Mejor no decirlo.

MARIO: No sé.

FÉLIX: Bueno, piensa un poco.

Mejor no mencionar la canción.

MARIO: Me gusta cómo cuentas la historia de amor. Y que la repitas muchas veces con distintas variaciones es... es muy efectivo.

FÉLIX: Ha sido divertido ensayar. Pero difícil de...
assembler.

MARIO: Ensamblar.

FÉLIX: Ensamblar.

MARIO: Sí, no sé. A mí me ha hecho pensar.

FÉLIX: ¿En qué?

MARIO: Bueno, en las pequeñas decisiones, ¿no? En lo importantes que son. Que tomar una decisión significa seguir un camino y rechazar otro. Rechazar mil, en realidad.

FÉLIX: Pero todo acaba en el mismo lugar. El chico siempre termina solo.

MARIO: Ya... Eso es un poco tramposo. Además, nunca es por el mismo motivo, ni lo que ha vivido es igual.

FÉLIX: Sí, claro, pero--

MARIO: Y el desenlace en sí es predecible. Lo interesante es cómo llegas a él.

Félix parece sorprendido.

MARIO: ¿Qué?

FÉLIX: Yo quería contar todo lo contrario.

MARIO: ¿Lo contrario qué es?

FÉLIX: Que no importa la decisión que tomemos, porque siempre acabamos igual.

A Mario le sale una risa casi sarcástica.

FÉLIX: ¡Sí!

MARIO: ¿Y tú crees eso?

FÉLIX: ¿Tú no?

MARIO: Crees en el destino.

FÉLIX: “Destino”, no sé. Pienso que las cosas pasan porque tienen que pasar.

MARIO: Yo no. Yo creo que nosotros hacemos que pasen.

FÉLIX: No sé. Es difícil explicar, pero a mí hasta ahora la vida siempre... me ha llevado. Sola.

MARIO: ¿Y te gusta dónde te ha llevado? ¿Estás satisfecho?

FÉLIX: Sí.

MARIO: Qué suerte.

Mario se alegra. En el fondo, se alegra. Félix se enciende el cigarrillo.

MARIO: No me esperaba la canción al final.

No lo ha podido evitar.

FÉLIX: Ya...

MARIO: Aunque la versión inglesa habría estado mejor.

FÉLIX: Pero la original es la francesa.

MARIO: No, no.

FÉLIX: ¿No?

MARIO: La letra original es la inglesa. La escribieron para *El secreto de Thomas Crown*, la peli de Steve McQueen.

FÉLIX: ¡Ah, no sabía!

MARIO: Y luego la tradujeron al francés.

FÉLIX: Pues yo la he escuchado siempre en francés. En un *disque vinyle* de Michel Legrand que tiene mi padre.

MARIO: Yo conocía la versión de Barbra. Aquel año estaba coleccionando sus discos, que tiene cientos, y en uno de los últimos aparece ese tema. En inglés. Y pasaron... nada, semanas, desde que lo compré, cuando me metiste la versión francesa en tu lista de reproducción.

Que parezca una pregunta desinteresada...

MARIO: Supongo que no la habrás incluido en la obra por mí.

FÉLIX: No. Lo siento.

MARIO: Qué pena.

FÉLIX: Lo he recordado viendo hoy la función. Es bonito volver a Madrid con esa canción.

MARIO: Le habrás echado la culpa al destino.

FÉLIX: Bueno, la obra habla de eso.

MARIO: Habría estado mejor en inglés, hazme caso.

FÉLIX: Pero yo no te la dediqué en inglés.

Cruzan la mirada antes de apartarla rápidamente. Pausa.

MARIO: Lo que sí me ha faltado es verte actuar. ¿Ya no te gusta?

FÉLIX: Me gusta más dirigir. Aquí hice interpretación porque en dirección no aceptaban Erasmus.

MARIO: ¿Por qué elegiste Madrid, entonces?

FÉLIX: Porque me lo dieron.

MARIO: Te trajo la vida sola, ¿no?

FÉLIX: Claro.

MARIO: ¿Y te alegraste?

FÉLIX: No fue mal.

MARIO: Pero prefieres mandar.

FÉLIX: A veces, me gusta. ¿Y tú?

MARIO: A mí, mandar, me encanta.

FÉLIX: *(Ríe)* No, ¿qué haces ahora?

MARIO: Soy profesor de lengua en un instituto.

FÉLIX: No te creo.

MARIO: ¿Por qué?

FÉLIX: Es una broma.

MARIO: Te lo juro.

FÉLIX: ¿En serio?

MARIO: ¿Por qué iba a mentir?

FÉLIX: Pero, ¿qué ha pasado con la dirección?

MARIO: Nada.

FÉLIX: ¿Cómo que nada?

Mario toma aire.

MARIO: Terminé hace cuatro años. Hice prácticas en un montaje en el CDN, y trabajé como gerente las cuatro semanas que estuvimos allí. Para la gira no me llamaron. Luego, dirigí una obra en una sala pequeña con la que perdí muchísima pasta, pero muchísima... y se me acabó el dinero. Así que me preparé la oposición, saqué la plaza, y el lunes empiezo mi segundo curso. Yo había hecho Filología antes de empezar la escuela, y decidí salvarme por ahí.

FÉLIX: Qué mal, Mario...

MARIO: Para nada, Félix, estoy muy contento.

FÉLIX: ¿Sí?

MARIO: A ver, al principio me costó. Porque claro, el reparto de clases se hace por antigüedad. Los que más años llevan escogen antes, y los que menos, los últimos. Así que me tocaron los grupos que nadie quería. Por novato. Y algunos son...

FÉLIX: No te imagino como profesor.

MARIO: Se parece mucho a dirigir, ¿eh? Y a actuar. Tendrías que verme con los de 3º de ESO PMAR.

FÉLIX: ¿Qué es eso?

MARIO: PMAR. Programa de Mejora del Aprendizaje y del Rendimiento.

FÉLIX: ¿Qué significa?

MARIO: Lo que tú quieras que signifique. Son grupos muy pequeños que se separan del resto porque, dicho pronto y mal, una clase convencional la revientan. Este tiene sólo cinco alumnos, los llaman Los Galácticos.

FÉLIX: Y ahí has estado tú un año entero.

MARIO: Hay grupos mejores, ¿eh? Pero con estos he tenido situaciones... muy duras. Nunca he pasado yo más miedo que en mi primer día con Los Galácticos. Y no se puede ir a clase con miedo, porque lo huelen.

FÉLIX: Por eso has dicho que es como actuar, ¿no?

MARIO: Yo estoy actuando todo el rato. Todo el rato. Soy otra persona. Gestos diferentes, me visto de otra manera... Tengo otra personalidad.

FÉLIX: ¿Y estás contento así?

MARIO: Es que cuando funciona, funciona muy bien. Cuando ves que entienden algo... Que por fin entienden algo, que han aprendido gracias a ti... Es genial. Es muy satisfactorio.

FÉLIX: ¿Más que dirigir teatro?

Podría dejar de insistir tanto.

MARIO: Mira, vivo solo. En el centro de Madrid. Cómodo, tranquilo, porque sé que voy a llegar a fin de mes, y tengo un verano larguísimo.

FÉLIX: ¿Y no quieres volver? ¿Como hobby, tal vez?

MARIO: Es que no me interesa. No. La función que monté al terminar la escuela estaba muy bien, pero no fue nadie. Luego, presentamos el dossier a mil teatros, y dio igual. Con el tiempo, los actores van encontrando otros proyectos, series... Y al final, la cosa se... se acaba.

FÉLIX: Qué pena.

MARIO: Es lo que hay. Yo perdí todos mis ahorros. Y llegó un momento en el que no pude pagar el alquiler y tuve que tomar una decisión. Y de verdad que no me arrepiento.

Mario espera haber zanjado el tema. Félix tira el cigarrillo.

FÉLIX: Entonces, vale. Yo me alegro.

MARIO: Y yo me alegro de que tú estés triunfando tanto.

FÉLIX: He tenido suerte. Presentamos el proyecto a un festival de jóvenes directores en Brunswick, en Alemania, y ganamos. Por eso hemos venido aquí y hacemos gira por Europa hasta diciembre.

MARIO: ¿Y cómo es estar de gira?

FÉLIX: Es muy bueno. Genial. Estoy muy contento. Conociendo gente nueva, viendo cómo cambia la obra con el tiempo y con el público... No hay lado negativo. Las horas de ruta me gustan, la falta de sueño también, el estrés de los montajes es emocionante... La fiesta después de la función... estimula... ¡Y he podido volver a Madrid!

MARIO: Por fin.

FÉLIX: Me habría encantado ver tu cara cuando leíste mi email.

MARIO: Te aseguro que no. Porque lo vi temprano, de esto que coges el móvil para ver qué hora es con el ojo medio cerrado y la baba cayendo...

FÉLIX: ¿Y qué pensaste?

MARIO: Si te soy sincero, hasta que no vi las entradas a la venta, no me creí que vinieras.

FÉLIX: ¿Por qué?

MARIO: Porque me enviaste ese email a las dos de la mañana, y uno no puede creerse nada que se escriba después de las once.

Félix va a protestar, pero Mario prefiere cambiar de tema.

MARIO: Entonces vives de esto.

FÉLIX: Sí.

MARIO: Y vives bien.

FÉLIX: Bueno. Vivo contento. Pero no “cómodo”. Y no tengo mucho dinero. Que hemos venido en furgoneta.

MARIO: ¿Por eso salís tan temprano?

FÉLIX: Son siete horas y media...

MARIO: Un rato.

FÉLIX: ¿Cómo va la gente de la clase? ¿Álvaro, Tolo, Eva...?

MARIO: Tolo es ayudante de dirección, Álvaro creo que es... no me hagas mucho caso, ¿repcionista, en un bufete de abogados?

FÉLIX: Guau.

MARIO: Y a Eva la perdí de vista. No sé nada de ella.

FÉLIX: ¿Y ves a los otros?

MARIO: No, la verdad.

FÉLIX: ¿Por qué?

MARIO: Porque, cuando sales de la escuela, que hay que hacer el esfuerzo de quedar... la gente pasa. Tienen sus vidas, sus grupos de amigos... Ana tiene una hija, por ejemplo... Los primeros años sí intentamos hacer quedadas, ahora... por el grupo de WhatsApp hablamos, a veces.

FÉLIX: ¿Los echas de menos?

MARIO: No suelo tener tiempo, si te soy sincero. Estoy acostumbrado a la soledad, el instituto ya fue un buen entrenamiento. ¿Tú has seguido en contacto con alguien? No creo, ¿no? Si no tienes WhatsApp...

FÉLIX: No tengo Smartphone.

MARIO: ¿Qué dices?

FÉLIX: Tengo esto.

Félix saca un Nokia del bolsillo.

MARIO: Hostia, qué ladrillo. ¿Cómo organizas los ensayos con eso?

FÉLIX: En persona, o email. Y si hay urgencias, me llaman al ladrillo.

MARIO: Yo no podría.

FÉLIX: No es tan difícil.

MARIO: Si no es por difícil, es que es más cómodo.

FÉLIX: Para los ensayos es genial. Se cancela menos, porque cuesta más. Y la comunicación básica, está.

No siempre.

MARIO: Conmigo llevabas años sin hablar.

FÉLIX: Pero ahora estoy aquí, ¿no?

MARIO: Porque tenías una función. ¿Habrías vuelto si no fuera por eso?

FÉLIX: Sí, claro que sí.

MARIO: Yo no lo tengo tan claro.

FÉLIX: Puede que hoy no, pero sí algún día.

MARIO: ¿Porque no importa lo que hagamos, siempre vamos a acabar igual?

FÉLIX: Exacto.

Mario se detiene frente a un viejo bloque de pisos y señala el balcón de la primera planta.

MARIO: ¿Aquí vamos a acabar siempre?

FÉLIX: Ya sabía dónde me traías.

Una luz se prende en el balcón, y ambos miran hacia arriba.

MARIO: ¿Quién vivirá ahora ahí?

FÉLIX: Otros Erasmus. Somos una plaga.

MARIO: O no. O lo ha comprado una familia aburrida con dos hijos y una abuela.

FÉLIX: Eso es horrible. Prefiero pensar que hay alguien como yo, con sobras de pizza en la nevera y marihuana en el cajón.

MARIO: ¿Seguirán teniendo esa mesa cutre de los años setenta?

FÉLIX: Seguro.

MARIO: Y ese sofá...

FÉLIX: Muy blando, ¿no?

MARIO: Te tragaba.

FÉLIX: Ha dormido mucha gente en ese sofá.

MARIO: Yo no.

FÉLIX: No, tú dormiste en otro sitio.

No mucho.

MARIO: ¿Te acuerdas?

FÉLIX: Poco, iba muy borracho.

Mario le empuja, falsamente ofendido.

MARIO: Fue un diecinueve de diciembre, y me mandaste un sms. Diciendo que me esperarías en el balcón, como Julieta.

FÉLIX: ¿Ves? Muy borracho.

MARIO: No te imaginas lo que fue eso para mí.

FÉLIX: ¿Por qué no me lo imagino?

MARIO: Subir esas escaleras... feas, de piso antiguo, de camino a ese colchón ruinoso que tenías en el suelo. Nunca entendí por qué no tenías somier.

FÉLIX: Porque no había.

MARIO: Y sí que estabas borracho, ¿eh?

FÉLIX: Ya.

MARIO: Te sabía la boca a cerveza.

FÉLIX: Es que me tenía que emborrachar. Yo no soy como tú.

MARIO: Ah, ¿y cómo soy yo?

FÉLIX: Tú eres muy... eh, *sûr de toi*... Seguro de ti. Cuando decides una cosa, no lo piensas mucho, nada te da vergüenza...

MARIO: ¿Para qué?

FÉLIX: Yo no soy así. Yo escucho y callo.

MARIO: Me lo creo.

FÉLIX: Lo intento cambiar, ¿eh? Lo intento. Pero esa noche yo me tenía que emborrachar. Porque sabía que quería, y sabía que tú querías también. Y me tenía que atrever. Por eso monté la fiesta en mi piso para que tú vinieras, y al final...

MARIO: ¡Al final nadie se quería ir, y me fui yo antes!

FÉLIX: Por eso también el mensaje de Julieta, para que volvieras.

Les moulins de mon cœur regresa, esta vez muy lejana, oscurecida por el polvo de los años.

MARIO: Yo lo viví como una película. Como cuando estás soñando, ya a punto de despertarte, y te das cuenta de que lo que vives no es real, pero aún no lo percibes como un sueño. ¿Sabes a qué me refiero? Cuando tienes claro que de ninguna manera ese sueño puede estar pasando. La primera explicación que tiene mi mente para esa sensación siempre es el cine. No sé si le pasa a todo el mundo, pero yo, antes de descubrir que sólo es un sueño, siento que soy un actor que está dentro de una película. Y así lo sentí aquella noche.

FÉLIX: Te recomiendo psiquiatra.

Mario sonrío. Pausa.

FÉLIX: Yo sólo quería que no te fueras.

Mario lo mira. Por primera vez, una mirada como las de entonces. El instante se alarga, tanto que los años parecen volver atrás, llevándolos de nuevo a esa noche de diciembre.

Hasta que la guitarra termina la melodía, el instante pasa y descubren que están donde siempre estuvieron: en la calle, hoy, frente a un viejo bloque de pisos.

MARIO: Vámonos, anda.

Félix mira por última vez al balcón y echan a andar de nuevo.

FÉLIX: ¿Dónde vives ahora?

MARIO: En un estudio. En cuanto saqué la plaza, salí pitando del piso aquel.

FÉLIX: ¿Y tu compañero?

MARIO: No he vuelto a tener noticias.

FÉLIX: ¿Os pasó algo?

MARIO: Nada especial. No era santo de mi devoción.

FÉLIX: No era tan malo. Jugaba al ordenador a gritos, pero decía chistes divertidos.

MARIO: Todo son risas hasta que te lo encuentras lavando el váter con el estropajo de los platos.

FÉLIX: *(Ríe)* ¿En serio?

MARIO: Como lo oyes.

FÉLIX: ¡Qué asco!

MARIO: ¿Tú compartes?

FÉLIX: Sí. ¿Dónde está tu nuevo piso?

MARIO: Cerca de aquí.

FÉLIX: ¿Y está bien?

MARIO: Es un zulito. Le cabe media vitro, un plato de ducha y una cama de matrimonio.

FÉLIX: Por lo menos, es de matrimonio.

MARIO: Y asigno yo los estropajos.

FÉLIX: ¿Cuánto vale?

MARIO: Demasiado.

FÉLIX: Está muy caro el alquiler, ¿no?

MARIO: Es un timo. ¿Y has visto toda la gente que hay viviendo en la calle? Es una vergüenza.

FÉLIX: Nosotros ensayamos ahora una obra sobre los sin techo. Les hacemos entrevistas allí en Burdeos y tienen unas historias...

MARIO: Yo lo veo todos los días. Uno de mis alumnos de PMAR está al borde del desahucio, Raúl. El día que volvimos de Navidad, me dio por preguntarles qué les habían traído los Reyes, y él nos contó que de los Reyes pasaba, y que por eso en su casa no había regalos. Estamos hablando de un chaval de quince años. Y no paran de subirles el alquiler. Hay muchos pasándolo muy mal.

FÉLIX: Pero también muchos de fiesta, ¿no?

MARIO: De fiesta perenne, además.

FÉLIX: Como yo, hace seis años.

MARIO: Bueno, la Erasmus sirve para eso.

FÉLIX: Yo la aproveché.

MARIO: Ahora la aprovecharías menos, porque está todo más caro. ¿Y sabes la que tenemos con los pisos turísticos? Mira, yo estuve con un chico, hace poco--

FÉLIX: *(Sonrisa)* ¿Ah, sí?

MARIO: Se quedó en intento. Él trabajaba de captador de socios de Intermón, y ganaba muy poco. Así que se montó un chanchullo. El apartamento en el que vivía, que era de su madre, lo alquilaba los fines de semana por Airbnb. Pero se quedaba sin sitio. Así que, cada fin de semana, se alquilaba otro más barato para él.

FÉLIX: Qué lío, ¿no?

MARIO: Y así está el centro.

FÉLIX: ¿Por qué no vivía en tu zulito?

MARIO: No me terminó de cuadrar.

FÉLIX: ¿Cómo lo conociste?

MARIO: Por Grindr. Que será un mundo desconocido para ti.

FÉLIX: No conozco, no.

Algo de ternura tiembla en el recuerdo de Mario.

MARIO: Era bajito y algo fofete, pero guapísimo. Muy muy guapo. Llevaba el pelo largo y tenía los pies un poco peludos, así que le puse El Hobbit. Porque era... Sam. Era muy fan de *El Señor de los Anillos*, para colmo, y siempre había querido ser Legolas. Pero... imposible. Se quedó con El Hobbit.

FÉLIX: ¿Pero se lo decías a él?

MARIO: De manera cariñosa.

FÉLIX: ¿Y si tenía un trauma?

MARIO: Anda ya.

FÉLIX: Si le gustaba Legolas y tú le decías Sam...

MARIO: Nadie tiene un trauma por eso.

FÉLIX: Bueno...

MARIO: Era demasiado guapo, no tenía derecho a traumatizarse por nada.

FÉLIX: Quiero fotos.

MARIO: Es que las que tengo no le hacen justicia. De hecho, estuve a punto de cancelarle la primera cita media hora antes.

FÉLIX: ¿Por qué?

MARIO: Por las fotos. Porque las miré bien y pensé: “A mí este tío no me gusta. No sé por qué estoy quedando con él si no me gusta”. Y ya te digo, a punto estuve, que llegué a escribir el mensaje, vaya. Pero no lo mandé, me dio como penita. Tenía mirada de buena persona. Dije: “Mira, lo conozco. Como mínimo, hablamos un rato”. Y fue bien.

FÉLIX: ¿Y por qué no funcionó?

A Mario le gustaría saber la respuesta a esa pregunta.

MARIO: Yo creo que se jodió cuando le pusimos nombre. Cuando le *puse* nombre. Fuimos al cine, estábamos esperando en la cola, no se me olvidará nunca, y se le ocurrió que podríamos hacer un viaje a su pueblo, en Navarra. Él hacía mucho eso, se le ocurrían planes locos, viajes a todas partes, mil países exóticos diferentes... Nunca nos movimos de Madrid. Y ese día, en la cola, le dije que me daba vergüenza ir a casa de su madre. En calidad de qué. Y él dijo: “Pues como mi amigo”. Yo lo miré, muy flamenco, y le solté: “El día que yo vaya a casa de tu madre, será como tu novio. Yo no tengo edad para fingir que soy amigo de nadie”.

FÉLIX: Joder.

MARIO: Sí. Ahí cambió la cosa. Nosotros ya estábamos haciendo vida de pareja, lo hacíamos todo juntos. Pero nadie antes había pronunciado la palabra “novio”. Se asustó. Yo qué sé. A partir de entonces, estuvo cada vez más distante, hasta que, al final, un día, fui a darle un beso y me quitó la cara. Cogí la puerta y me fui.

FÉLIX: Lo siento.

MARIO: Ahora se ha cortado el pelo, se ha apuntado al gimnasio y tiene un novio de París. Supongo que hay una lección que aprender en alguna parte, pero yo no sé cuál es.

FÉLIX: Que Francia es el futuro.

Mario arquea las cejas.

MARIO: El pasado, más bien.

FÉLIX: ¿No te gustamos, los franceses?

MARIO: No conozco muchos. Últimamente me muevo más en el mundo Latinoamérica. El universo guiri me pone, pero yo a él, no.

FÉLIX: ¿Y yo?

MARIO: La excepción.

FÉLIX: ¿Por qué Latinoamérica?

MARIO: Son más cariñosos. Más desenfadados, también. Se ríen más. Se mueven mejor. Los del Norte sois muy secos.

FÉLIX: Somos más sinceros.

MARIO: Los argentinos no los practico, sin embargo.

FÉLIX: ¿Por?

MARIO: Muy pesados. Aunque no sepan de nada, saben de todo.

FÉLIX: ¿Y los negros?

MARIO: Sí.

FÉLIX: ¿Es verdad el estereotipo?

MARIO: Según mi experiencia, no.

FÉLIX: ¿Asiáticos?

MARIO: Alguno ha caído. Buen cutis.

FÉLIX: Tienes mucha información.

MARIO: Seis años en Grindr dan para mucho.

FÉLIX: ¿Has estado siempre soltero?

MARIO: Quitando al Hobbit. / ¿Y tú?

FÉLIX: ¿Y de los franceses, qué opinas?

Félix lo mira con agudeza, retándole a decir algo ofensivo.

MARIO: Sucios.

FÉLIX: *(Divertido)* ¿Perdona?

MARIO: Todo el Chanel N°5 del mundo no puede tapar la peste de un sobaco francés.

FÉLIX: ¡Mario!

MARIO: Lo siento, no sois seres sobrenaturales, desodorante, por favor.

FÉLIX: Qué malo.

MARIO: Desodorante, Félix. Roll-on. Son diez segundos. Pruébalo.

FÉLIX: ¿Y los españoles?

MARIO: No sé, dime tú.

Félix se piensa el insulto.

FÉLIX: Falsos.

MARIO: ¿Falsos?

FÉLIX: Con una cerveza sois los mejores amigos. Pero nadie te hace un favor.

MARIO: Los italianos, entonces, te encantarán.

FÉLIX: No, los italianos son... ¿Cómo se dice? *Entichés*.

MARIO: No sé. ¿Chulos?

FÉLIX: No es eso... Bueno, van de ligones.

MARIO: ¿Los españoles no, entonces?

FÉLIX: No, vosotros vais de amigos. De simpáticos.

MARIO: (*Incrédulo*) ¿Yo voy de simpático?

FÉLIX: Tú quieres pensar que vas de... *grossier*... grosero. Pero tienes las mismas ganas de caer bien que los demás. O más.

MARIO: ¿Tú por qué me conoces tan bien?

FÉLIX: ¿Y tú por qué haces preguntas tan tontas?

Félix le da un codazo. Mario le devuelve otro con más fuerza.

FÉLIX: Estás muy guapo con esa camisa.

MARIO: Me queda un poco estrecha.

FÉLIX: Te hace buen culo.

MARIO: ¿La camisa?

FÉLIX: Sí.

MARIO: A tu lado, con las flores parece que vengo de la feria.

FÉLIX: Tengo una camisa *hipster* en la mochila. Si quieres, me la pongo.

MARIO: ¿Aquí en medio?

FÉLIX: ¿Me van a arrestar por escándalo público?

MARIO: Por incitación a la violencia, te van a arrestar.

FÉLIX: Espera, que estoy hartito del uniforme de regidor.

MARIO: Pero, Félix...

Félix se quita la mochila y la deja en el suelo. Luego, la camiseta, descubriendo un torso fibrado que Mario prefiere no mirar.

MARIO: (A los transeúntes) ¡Circulen, por favor, aquí no hay nada que ver!

Félix está disfrutando de la atención, y no tiene ninguna prisa por sacar la camisa.

FÉLIX: Pero mira, ¿no?

MARIO: No hay nada que mirar.

FÉLIX: Como no mires, me quedo así toda la noche.

Mario resopla y obedece, abochornado.

MARIO: ¿Ya?

FÉLIX: ¿Qué? ¿Sigo igual que antes?

MARIO: No, tienes un pezón más.

Félix suelta una carcajada, guarda la camiseta y saca una camisa de cuadros con mucho misterio. Mario no puede evitar reír.

MARIO: Eres increíble.

Félix se abrocha seductoramente.

FÉLIX: ¿Mejor?

MARIO: Ahora pareces una bollera.

Los dos ríen de buena gana, y Félix aprovecha para apoyarse en el hombro de Mario. Después, se vuelve a colocar la mochila.

FÉLIX: Sígueme. *(A los transeúntes)* ¡Buenas tardes, gracias por su atención!

Y reemprenden la marcha, esta vez con Félix marcando el camino.

FÉLIX: Estoy pensando en tu ex. Que alquila su piso los fines de semana.

MARIO: ¿Lo quieres alquilar tú?

FÉLIX: Si vive así, seguro que le ve alguna cosa buena.

MARIO: Ah, totalmente. Si por él fuera, viviría viajando. No creo que sea casual que su novio sea de París, él disfruta.

FÉLIX: ¿Por qué? A nuestra edad, mis padres ya estaban casados y tenían un piso. Alguna cosa ha cambiado, ¿no? Si hoy nos gusta tanto movernos.

MARIO: No creo, es lo de siempre, que el sistema quiere que nos resulte atractivo lo precario.

FÉLIX: ¿Sí?

MARIO: Yo daría lo que fuera por tener una casa propia. Por mucho que te muevas, ¿tú vives de alquiler por placer?

FÉLIX: No, pero no quiero vivir como mis padres.

MARIO: Pues yo sí soy muy casero.

FÉLIX: Yo pienso que ese pensamiento es antiguo, Mario. No como algo malo, sino como... poco actual. Me parece que hoy le damos más valor, en general, al... eh... *détachement*...

MARIO: ¿Desapego?

FÉLIX: Desapego. Preferimos disfrutar alguna cosa en un momento concreto a crear una relación con ella. ¿Entiendes? Por ejemplo, no venden un móvil como algo para siempre, pero sí como “el más moderno”, “el más actual”. Y eso siempre se termina. Porque en unos meses aparece otro móvil “más moderno” y “más actual”. Entonces, lo que buscamos es la libertad de cambiar de modelo. El dinero, también, para poder comprar lo mejor. Y pienso que eso se extiende a lo demás: a la casa, el trabajo, las relaciones--

MARIO: Pero el cine nos sigue vendiendo el “felices para siempre”. El deseo de estabilizarse sigue existiendo.

FÉLIX: Bueno, sí, claro, pero es diferente. Yo noto mucha diferencia con la generación de mis padres. Pienso que vivo de manera menos segura, pero para mí no es un fracaso. Es emocionante.

MARIO: A mí no me pasa eso. Para mí sí era un fracaso la precariedad.

FÉLIX: ¿Pero por qué? ¿Porque no tenías dinero? Porque eso es otra cosa.

MARIO: No. Porque no tenía dinero *para vivir*. Yo no soporto la inseguridad. El temor a no tener margen de reacción si se presenta cualquier problema. Y echar raíces, para eso, es básico.

FÉLIX: Pues tu ex no quería escuchar la palabra “novio”. Para él no era tan importante.

MARIO: ¿Y para ti?

FÉLIX: No estoy seguro. Ya sé que el sistema quiere que no esté satisfecho nunca. Y me encanta el movimiento. Pero no puedo evitar sentir *attachement*... apego, claro.

Al adentrarse en una calle estrecha y solitaria, un silencio se abate sobre ellos. Expectante, Félix mira a Mario empaparse de cada rincón.

FÉLIX: Recuerdas, ¿no?

MARIO: Llevaba años sin pasar por aquí.

Sus pasos resuenan en las paredes, como las de una extraña iglesia.

MARIO: Pensaba que no te acordabas.

FÉLIX: Me acuerdo muy bien. La Calle del Codo. Pero era diferente. No estaba el sol, era de noche.

MARIO: Claro... diciembre. Noche total.

FÉLIX: ¿Qué hacíamos aquí?

MARIO: La ruta de Max Estrella.

FÉLIX: Recuerdo que el profesor--

MARIO: Se rió en nuestra cara, sí. Y no estábamos solos, era una excursión con todos los demás.

FÉLIX: Es que eras muy descarado, Mario, eras una apisonadora.

MARIO: ¡Y tú, un cactus!

Se apoyan frente a frente, en paredes opuestas de la calle.

FÉLIX: Habías estado tres meses mirándome mucho en clase. El profesor no era tonto. Cuando nos vio aquí mirándonos sin hablar--

MARIO: Donde Quevedo meaba--

FÉLIX: Pues se rió, claro. Seguro que estábamos ridículos.

Ojalá volver...

MARIO: No sabes cuánto lo echo de menos.

FÉLIX: ¿Que se rían?

MARIO: No. La tontería. La risa tonta. Ver que el otro te busca también. Eso fue una semana antes, yo creo, de lo de Julieta en el balcón. Aquí empecé a pensar que tal vez a ti también te estaba pasando.

Están más cerca que antes, pero no se han movido. De alguna manera, el espacio se está cerrando en torno a ellos.

FÉLIX: Me pasaba desde antes. Un día que fuiste a clase con un jersey blanco. Con estrellas.

MARIO: Que ahora no me pongo, porque me está pequeño.

FÉLIX: Ese fue el día para mí. Eras difícil de resistir.

MARIO: Tú sí que eras difícil de resistir...

FÉLIX: Para mí había un *remords*... remordimiento de atrás--

MARIO: Pero te conquisté.

FÉLIX: Conquistar, Mario--

MARIO: Esa sensación nunca se tiene en Grindr. Por eso la echo de menos. Creo que no la he vuelto a sentir desde entonces. El tonto en Grindr es análisis de texto. En la vida hay gestos, hay miradas, hay pistas en la manera en la que uno se viste... yo no me puse aquel jersey por casualidad.

FÉLIX: Supongo.

MARIO: ¿Tú crees que me pongo esta camisa de feria todos los días?

FÉLIX: ¿Y tú crees que yo me desnudo en la calle todos los días?

MARIO: No sé yo...

Félix ríe. Pero el intento de aflojar la tensión no ha servido. Cada vez se acumula más en los ojos de ambos, y el silencio se hace difícil de ignorar. Félix siente que podría acercarse y tocarlo, pero Mario, repentinamente azorado, decide retomar el camino. Félix suspira.

FÉLIX: Oye, ¿dónde vamos?

MARIO: A ningún sitio. Si quieres, nos sentamos en el parque.

FÉLIX: Vale, estoy un poco cansado.

Félix lo sigue, dejando atrás la callejuela.

MARIO: Muchos abdominales y luego no puedes andar cinco minutos...

FÉLIX: ¡Eh, que he trabajado todo el día! Estoy muerto.

MARIO: ¿Así vas a conducir mañana?

FÉLIX: Yo no. No tengo carnet. Se pueden ir sin mí.

MARIO: ¿Y por qué iban a irse sin ti?

FÉLIX: Pues... si me quedo más tiempo.

MARIO: ¿Y cómo volverías?

FÉLIX: En bus.

MARIO: ¿Mañana?

FÉLIX: Puede ser.

Al llegar a la entrada de un parque, Félix parece estar rumiando algo.

FÉLIX: Es que parece que hay un número... ahí... las seis de la mañana... Pero... yo no estoy obligado a volver a Burdeos este finde.

MARIO: Bueno saberlo.

FÉLIX: Quería que lo supieras.

MARIO: Gracias por decirlo.

A medida que se internan entre los árboles, Mario mira al suelo, intentando ignorar sus propios pensamientos.

FÉLIX: ¿Te gusta algún chico ahora?

MARIO: Bueno...

FÉLIX: ¿Qué?

MARIO: Sí, a ver, hay... hay un compañero.

FÉLIX: ¿Estáis juntos?

MARIO: ¡Qué va! Si seguro que no le gusto.

FÉLIX: ¿Dónde lo conociste?

MARIO: En el trabajo.

FÉLIX: ¿Ah, sí? / ¿Quién es?

MARIO: Pero da igual, porque / no es nada.

FÉLIX: No, no, dime.

MARIO: No tiene más interés, un chico guapo, sin más.

FÉLIX: ¿Es profesor, también?

MARIO: Es orientador. Pero de verdad que no tiene nada interesante, / ¿tú estás con alguien?

FÉLIX: Alguna cosa interesante tendrá, si te gusta.

MARIO: Ay, no, que me estoy poniendo súper pesado. / Ahora te toca a ti.

FÉLIX: Ya sabes que yo escucho.

MARIO: Pero yo también quiero escuchar.

FÉLIX: Hay tiempo de hablar de mí.

MARIO: Tampoco hay tanto--

FÉLIX: Háblame de este orientador.

MARIO: ¡Es que no me cuentas nada!

FÉLIX: Te he contado muchas cosas. / ¿Qué dices?

MARIO: Sí, muchísimas.

FÉLIX: Luego hablamos de mí. El orientador. Cuenta.

Mario suspira. De mala gana, da su brazo a torcer.

MARIO: Se llama Alberto, tiene treinta años, y estudió psicología.

FÉLIX: ¿Qué más?

MARIO: Nada, como es orientador, le pedí ayuda con Los Galácticos. Al principio de curso estaba muy perdido y muy agobiado y me echó un cable, me dio herramientas para tratar con ellos. Y sirvieron. Además, en un momento... complicado, hace unos meses... se preocupó por mí. Es un buen compañero.

FÉLIX: ¿Gay?

MARIO: *(Sonrisa pícaro)* Lo he investigado.

FÉLIX: Oh, Monsieur Poirot...

Haciéndose el interesante, Mario saca su móvil y busca algo.

MARIO: Te sorprenderías de mis dotes detectivescas. Está en varias asociaciones LGTB, da charlas sobre *bullying*, y en su Instagram recomienda arte de temática gay. Como mínimo, el tema le interesa.

FÉLIX: Bien.

MARIO: Pareja, no sé si tiene. En redes, aparece siempre solo.

Mario le enseña el móvil a Félix, que se coloca muy cerca para mirar la pantalla con curiosidad.

FÉLIX: Es muy guapo, ¿eh? Parece árabe.

Muy cerca.

MARIO: Por el pelo.

FÉLIX: Muy *frisé*... rizado, y moreno de piel... Muy guapo. ¿Tiene ojos negros?

MARIO: Sí.

FÉLIX: ¿Por qué no le dices algo?

Mario aprovecha que se guarda el móvil para poner distancia.

MARIO: ¿Qué le voy a decir?

FÉLIX: ¿Un café?

MARIO: Es que es como violento... y en el trabajo... Imagínate que luego no funciona, verlo todos los días--

FÉLIX: A mí me veías todos los días y no pasó nada.

MARIO: No, pero fue una lucha.

FÉLIX: Pero estuvo bien, ¿no?

MARIO: Demasiado.

FÉLIX: ¿Entonces?

MARIO: Tampoco quiero hacer el ridículo. Porque... no sólo es que sea más guapo que yo, que también, sino que... sinceramente, no creo que tenga nada que aportarle. Tendrá otros gustos, otras--

FÉLIX: Qué tonto eres, Mario. Antes no decías esas cosas.

MARIO: Antes no había llovido tanto.

Al llegar a un pequeño claro, Félix tira la mochila al suelo y se desploma en un banco de madera con un suspiro exagerado.

FÉLIX: Estoy muerto.

Mario se sienta a su lado, dándose un momento para captar los colores de la noche que se acerca, los rayos naranjas del sol reflejándose en su cara. Ya no puede retrasar más la pregunta.

MARIO: Bueno. Ahora sí te toca a ti. ¿Estás con alguien?

Pausa.

FÉLIX: Sí.

MARIO: Ah.

FÉLIX: Sigo con Jean Pierre.

Lo había imaginado. Pero decide sonreír.

MARIO: ¿Y qué tal?

FÉLIX: Muy bien. Vivimos juntos desde hace un año.

MARIO: Ya era hora, ¿no? ¿Cuánto lleváis?

FÉLIX: Diez años.

MARIO: ¿Y por qué habéis tardado tanto?

FÉLIX: Porque no estábamos en la misma ciudad casi nunca... Él vivió un tiempo en Bélgica, yo también viajaba mucho... no era práctico. Hasta ahora, claro, que él ya trabaja en Burdeos y parece que es el momento.

MARIO: ¿A quién le parece?

FÉLIX: A los dos.

MARIO: ¿Y qué pasa con lo que me decías antes? La vida en la carretera, la libertad...

FÉLIX: Bueno, no pasa nada. Es posible hacer las dos cosas.

Mario asiente en silencio.

MARIO: ¿Cuándo empezasteis, entonces? ¿Tú tenías...?

FÉLIX: Dieciocho.

MARIO: ¿Y él?

FÉLIX: Tiene cinco años más.

MARIO: Uno más que yo.

FÉLIX: Sí.

MARIO: ¿No se nota, esa diferencia?

FÉLIX: No. Bueno, a veces. Hemos pasado por muchas fases. Yo he cambiado mucho. Me han gustado algunas cosas que luego han perdido importancia, y en las que él no ha participado... Pienso que en eso sí se nota la edad. Él siempre ha vivido lo que tú vives ahora.

Mario no puede evitar que la amargura se cuele en sus palabras.

MARIO: Primera vez que me hablas de tu novio.

FÉLIX: Eso no es verdad, te lo conté cuando nos conocimos.

MARIO: Me contaste que tenías novio, pero nunca me hablaste de él.

FÉLIX: Tú no me preguntaste.

MARIO: Con olvidarte tenía suficiente.

FÉLIX: Pues no te quejes.

MARIO: No me quejo. No me quejo.

Pausa.

MARIO: Pensé mucho en vosotros ese año. Y en ti. Demasiado. Y los cabrones de clase no ayudaban.

FÉLIX: A mí no me molestaron mucho.

MARIO: Porque acababas de llegar. Conmigo, se pasaban.

FÉLIX: ¿Por ejemplo?

MARIO: Mira, una noche montaron una fiesta en casa de Eva, ¿te acuerdas? Que vivía a tomar por culo de mi piso.

FÉLIX: Sí.

MARIO: Pues yo estaba vago y no fui. Porque no quería que me liaran, acabar perdiendo el último metro y quedarme toda la noche. Así que me puse el pijama. Pues al rato me escribe Álvaro diciendo que habías ido tú.

FÉLIX: Y fuiste.

MARIO: Evidentemente, no estabas y se descojonaron a mi costa. Y luego, me liaron y perdí el último metro.

FÉLIX: Seguro que te alegraste al final.

MARIO: Te veía por todas partes.

FÉLIX: *(Niega con la cabeza)* Ay, Mario...

MARIO: ¿Qué pasa? Estaba enamorado.

FÉLIX: Que parece que es un... ¿Cómo se dice? *Siège*.

MARIO: ¿Un asedio?

FÉLIX: Un asedio.

MARIO: Bueno, tú te rendiste.

FÉLIX: No me rendí. Tú no me ganaste. Me gustabas. Lo hice porque quise, tú no me convenciste.

MARIO: Ya, tienes razón, pero...

FÉLIX: Estar con alguien no es venderse, ¿eh? No es eso. Antes dijiste que me habías “conquistado”. Y no es eso, de verdad. Alguien te quiere porque, bueno, casi todas las cosas que haces, no todas, pero casi todas, funcionan para él. Y claro, sí, también hormonas, *alchemie*, instinto, y otras cosas. Y hay que hacer un esfuerzo. Pero no para “conquistar”. Hay que hacer un esfuerzo para ser atractivo, pero no como un asedio. Cuando funciona, es lo contrario. Pero, Mario, si te obsesionas, conviertes a la otra persona en tu enemigo. Y entras en un círculo y luego no puedes salir de él.

MARIO: (*Cantando*) Like a circle in a spiral, Like a wheel within a wheel...

FÉLIX: Exacto.

La guitarra retoma la melodía de Mario. Félix quiere añadir algún reproche pero repara en que, frente a ellos, el sol se está ocultando, y se queda mudo por el espectáculo. Por un momento, todo parece enmudecer. Todo menos el punteo de la guitarra, que acompaña al sol mientras desaparece. Cuando ya no quedan rayos y el cielo se ha teñido de rosas y naranjas, la canción vuelve a terminar y Mario suspira.

MARIO: Tenías que haber elegido la versión inglesa para tu obra, pega más.

FÉLIX: ¿No dice lo mismo que la francesa?

MARIO: No exactamente. Las dos hablan de lo difícil que es olvidar, pero de manera distinta.

FÉLIX: ¿Cómo distinta?

MARIO: Pequeñas diferencias. Pero importantes, porque el texto es muy simbólico. A primera vista, parece sólo un montón de imágenes sin conexión...

FÉLIX: La conexión es que son circulares.

MARIO: Eso es, todas giran. Habla de una obsesión, por eso la noria, las ondas en el agua, el túnel que lleva a otro... Y en francés, le pusieron...

FÉLIX: *Les moulins de mon cœur.*

MARIO: Los molinos de mi corazón. Pero la versión inglesa es *The windmills of your mind*. Los molinos...

FÉLIX: De tu mente. ¿Quieres decir que en francés debería ser *Les moulins de ton cœur*?

MARIO: El pronombre da un poco igual.

FÉLIX: No es igual mi corazón que tu corazón.

MARIO: Bueno, sí, el matiz es diferente. La versión inglesa, que no está en primera persona, es menos sentimental.

FÉLIX: Porque los franceses somos unos románticos.

MARIO: La clave está en la palabra “mente”. Cuando te obsesionas, lo que da vueltas no es el corazón. El corazón está en su sitio. El corazón no se mueve. De hecho, ese es el problema, que no se mueve. Lo que da vueltas no es el corazón, es la mente.

FÉLIX: Muy bonito, pero en francés, mente es *esprit*, y no cabe en ese verso.

MARIO: Eres insufrible.

FÉLIX: Sí, pero mira.

Félix se levanta la camiseta para enseñarle los abdominales.

MARIO: Qué pesados sois con el gimnasio.

FÉLIX: ¡Pesado tú, profesor! Con los molinos y el inglés...

MARIO: Te odio.

FÉLIX: Y yo no voy al gimnasio. Esto es natural, verdura y fruta.

MARIO: *Veganismo hipster*, lo que yo decía.

Félix se monta encima de Mario para hacer como que lo estrangula.

MARIO: ¿Qué haces?

FÉLIX: ¡No puedo más!

MARIO: ¡Quita!

FÉLIX: ¿Por qué te soporto?

MARIO: ¡Quita de encima!

FÉLIX: ¡Si sólo estuve un fin de semana contigo!

MARIO: Y la cola que ha traído.

FÉLIX: (*Moviendo el culo, sardónico*) No hay mucha cola aquí, ¿eh?

MARIO: ¡Eh! Ni tanta, ni tan poca.

FÉLIX: (*Unas carcajadas*) Perdona.

MARIO: ¿Qué pasa, que Jean Pierre tiene mucha?

FÉLIX: Yo no he dicho eso.

MARIO: Que tiene un pene descomunal, ¿no? Por eso no lo dejas nunca.

FÉLIX: ¡No!

MARIO: Diez años con una persona. Algo tenía que tener.

FÉLIX: ¡Era una broma!

MARIO: Porque por su cara, desde luego, no es.

FÉLIX: ¡Oye!

MARIO: ¡Quítate!

Félix vuelve a sentarse en el banco, riendo. Luego, saca de la mochila un paquete de tabaco de liar y se hace otro cigarrillo.

MARIO: Jean Pierre. Es que hasta el nombre da coraje.

FÉLIX: ¿Por qué?

MARIO: Es demasiado francés.

FÉLIX: Pues claro, ¿no?

MARIO: ¿A qué se dedicaba?

FÉLIX: Ahora es profesor.

MARIO: ¡Mira, como yo!

FÉLIX: Todos profesores.

MARIO: Qué poca variedad.

FÉLIX: Pero él, de universidad.

MARIO: ¿Y cuál es su especialidad? ¿Repelencia?

FÉLIX: *Télécommunication.*

MARIO: Tendrá pasta, incluso.

FÉLIX: Normal.

MARIO: Venga, dime algún defecto.

FÉLIX: ¿Qué?

MARIO: Algo malo tendrá. Un pene gigantesco no lo es todo.

FÉLIX: No tiene un pene gigantesco.

MARIO: Estoy harto de tanta intriga, quiero respuestas.

FÉLIX: No hay intriga...

MARIO: Es como un gran hermano gabacho que está ahí acechando siempre.

FÉLIX: Estás loco.

MARIO: Venga, un defecto. Uno. Por todos los años que no me has escrito.

A regañadientes, Félix piensa.

FÉLIX: Es muy indeciso. Se parece demasiado a mí. Por ejemplo, para cenar es imposible escoger alguna película, porque todo le gusta. Así que vemos series que no acaban nunca, para no escoger nada. Pero yo ya estoy harto de *The Big Bang Theory* y no sé cómo decirlo.

MARIO: Claro, es teleco... Le encantan los *frikis*.

FÉLIX: Se divierte mucho.

MARIO: ¿Qué más?

FÉLIX: ¿Más?

MARIO: No pensarás que te ibas a quedar en que es “indeciso”.

FÉLIX: ¿Qué pasa?

MARIO: Que no me vale. Ese defecto es muy poco defecto.

FÉLIX: Es mi novio, no sé qué más decir.

MARIO: Quiero sangre, tripas. Mójate.

FÉLIX: No sé...

MARIO: Te he contado demasiado para que me valga sólo eso. Yo no pensaba hablarte de Alberto.

FÉLIX: Le tienes que pedir un café.

MARIO: Estamos con tu novio. Sigue.

Félix enciende el cigarrillo. Pausa.

FÉLIX: A veces pienso... No quiero decir alguna cosa mala, pero... A veces pienso que me quiere demasiado. Yo le tenía miedo a vivir con él. Es verdad que no podíamos hasta el año pasado, pero también... yo lo evitaba un poco. Porque soy muy... *désordonné*... desordenado, tengo un horario raro, gano menos dinero... y escucho la música muy alta, y no me gusta limpiar... Siempre he estado muy libre, porque la mayor parte de nuestra relación había sido a distancia... Todo era un problema. Pero me dijo que viviéramos juntos y... al final no pude decir que no. Porque bueno, había muchas razones, claro, pero ninguna era justa. Ni lógica. Y ha funcionado. Él es lo contrario a mí. Pero nunca pasa nada malo. Y la convivencia es genial porque, aunque sea lo contrario a mí, nos conocemos muy bien.

MARIO: Estoy esperando el defecto.

FÉLIX: El defecto es ese, que no pasa nada. Está todo tan fácil... que es aburrido. Y me siento mal por decirlo. Él es perfecto. Perfecto. Todo lo hace bien. Y yo tuve suerte porque lo conocí en cuanto terminé el instituto. Porque nunca he tenido citas con nadie. Y lo que me cuentan de ese mundo es horrible. No quiero estar ahí nunca. Pero hay épocas... hay épocas en las que pienso que me he perdido alguna cosa. Pienso que he pasado de los dieciocho años

a los treinta. Y, algunos días... algunos días estoy muy cachondo y me acostaría con cualquiera.

MARIO: ¡Félix!

FÉLIX: ¡De verdad! Con cualquiera. Tengo pareja pero el mundo no ha desaparecido. Hay chicos con tirantes en la calle, los actores se desnudan a mi lado en el camerino... Una noche, estaba cenando con Jean Pierre y el camarero me sonrió. Y más tarde, en la cama, no estaba pensando en Jean Pierre, sino en el camarero. En ti, también pienso...

MARIO: Me está gustando el defecto.

FÉLIX: El defecto es mío. Él es perfecto como amante, como compañero de piso, como... *beau-fil*... Bueno, mis padres...

MARIO: ¿Contentísimos?

FÉLIX: Fuimos a la boda de su hermana este año. Mis padres también. Y mi madre quería que yo cogiera el... *bouquet*. ¿Sabes qué pasó al final?

MARIO: ¿Qué pasó?

FÉLIX: Que ella lo cogió, para mí.

MARIO: Me encanta tu madre.

FÉLIX: Te gustaría. Es española, lo sabías, ¿no? De Cádiz, y viven en Bretaña. Te tengo que contar su historia algún día, es interesante. Ella es muy inteligente. Pero muy pesada... Su familia tiene mucho dinero...

MARIO: ¡Anda!

FÉLIX: Pero no es conservadora.

MARIO: ¿De estas señoras que visten como hippy, pero caro?

FÉLIX: Sí, bueno. Mira. Han contratado una chica de Venezuela para limpiar su casa. Tiene nuestra edad y es muy simpática. Y, un día, mi madre le escribió una nota: “Paty, *deux points*: en el cubo verde hay ropa para planchar. *Bisous*.”

Los dos estallan a carcajadas.

MARIO: ¡Me encanta! Besitos, pero pláncame.

FÉLIX: “*Bisous*.” Está loca. Y su último proyecto es que me case.

MARIO: ¿Y tú quieres?

FÉLIX: Pues... bueno. A ver... Yo siempre he tenido otra idea de mí. Dentro de treinta años, no me veo como mi madre. No me veo con pareja, tampoco. Me veo muy delgado, con muchas arrugas, en una casa en el campo dirigiendo obras raras con gente joven. ¿Entiendes? Ese ha sido mi sueño, desde hace años. Y no veo a nadie más. Por supuesto, no a alguien como Jean Pierre. La gente piensa que estamos muy bien, y bueno, pienso que es verdad. Nada va mal. Pero no es suficiente. Me siento viejo. Con veintiocho años.

MARIO: Más viejo que hace diez, eres.

FÉLIX: ¡Pero no hay motivo! Soy como un niño que lo tiene todo y no se conforma. No sé qué más necesito.

Mario siente que Félix está a punto de contar algo importante. Antes de continuar, da una calada más al cigarrillo.

FÉLIX: En Alemania, en el festival, conocí un chico. Johannes. Allí había varios estudiantes invitados de distintas partes de Europa que iban a ver las funciones. Él era uno de ellos. Y estaba muy bien porque, al día siguiente de la función, había una mesa redonda con ellos para discutir la obra. Y Johannes... me gustó. Era muy guapo, inteligente, y miraba... miraba mucho y bien.

MARIO: ¿De dónde era?

FÉLIX: Suizo.

MARIO: Suena musculoso, ¿no? Suena a empotrador.

FÉLIX: Tenía brazos. Y novia.

MARIO: ¡Ah!

FÉLIX: Bisexual.

MARIO: Muy suizo.

FÉLIX: ¿Esa es tu teoría de los suizos? ¿Que son bisexuales?

MARIO: Neutrales. Les da lo mismo.

Félix ríe.

MARIO: ¿Qué pasó con Johannes?

FÉLIX: Que nos besamos. Nada más, cuatro besos. No quise hacer más, pero me habría encantado acostarme con él. Sentí una cosa que sólo había sentido contigo. Ese día en la Calle del Codo, y ese fin de semana de diciembre. El sexo con Jean Pierre es... es bueno, porque tenemos confianza y le puedo decir cualquier cosa. Pero ya no hay misterio, y la pasión... no sé, pienso que la he perdido. Los meses que no parábamos están tan lejos que parece que fueron con otra persona. Antes, no íbamos a dormir sin sexo. Ahora, a veces es... sexo para dormir. Pienso que él para mí es más mi mejor amigo, o un compañero de piso. Y este tiempo siento que el sexo es sólo masturbarme acompañado.

MARIO: ¿Esto lo sabe él?

FÉLIX: No con estas palabras.

MARIO: ¿No lo debería saber?

FÉLIX: Le hablé del suizo.

MARIO: ¿Y qué te dijo?

FÉLIX: Que lo entendía.

Mario asiente.

FÉLIX: Después, le pedí abrir la relación y también lo entendió.

Pausa. Aunque Mario no ha dicho nada, Félix, de repente, parece a la defensiva. Apura el cigarro y lo tira al suelo.

FÉLIX: Bueno, tienes que entender... En un solo año me he mudado con él y he descubierto la vida de gira. Y empecé a sentir que era como... como un obstáculo, y no quiero eso. No es justo. ¿Por qué todas las relaciones tienen que funcionar igual? Hay muchos modelos, no sólo uno, ¿no? El modelo que teníamos no funcionaba. Sentía que estaba en un agujero, y necesitaba salir. Pero no lo quiero dejar. Ha pasado mucho tiempo. Después de tanto, no me imagino cómo estaría sin él. Pensé que abrir la relación podría ser una opción y la hemos tomado.

MARIO: Y ya puedes liarte con quien quieras.

FÉLIX: Antes también podía, ¿no?

MARIO: Doy fe.

FÉLIX: Pero ahora es diferente porque... lo hemos hablado.

MARIO: ¿Y él también puede?

FÉLIX: Claro, si quiere...

MARIO: ¿Y quiere?

FÉLIX: Dice que no, que sólo me necesita a mí.

MARIO: ¿Y eso va a funcionar, Félix?

FÉLIX: No sé.

MARIO: Bueno, no lo conozco. Si ha aceptado, será que, para él, funciona.

FÉLIX: Eso espero yo.

Silencio. Mario frunce el ceño, está meditando una pregunta.

MARIO: ¿Y cuándo fue esto?

FÉLIX: ¿Cómo?

MARIO: ¿Cuándo tomasteis esa decisión?

FÉLIX: Hace un mes.

MARIO: ¿Antes o después de que me dijeras que ibas a venir?

FÉLIX: Antes.

Félix se gira hacia él. Ahora están más cerca que nunca, abrigados por el verde profundo del parque.

MARIO: ¿Y has decidido ya cuándo te vas?

FÉLIX: No sé. Podría quedarme. Podría comprar un billete para el domingo o el lunes.

MARIO: ¿Tienes amigos que visitar aquí, quieres ver a alguien?

FÉLIX: No.

Se miran fijamente. Esta vez la tensión es insoportable.

MARIO: Vale. Por fin sé por qué me escribiste.

FÉLIX: Porque venía a Madrid y quería verte.

MARIO: ¿Y antes, por qué no?

FÉLIX: ¿Por qué no he venido?

MARIO: ¿Por qué no me escribiste?

FÉLIX: Sí escribí...

MARIO: Dos emails en dos años.

FÉLIX: No me gusta lo virtual. Ya lo sabes.

Mario se muerde la lengua.

MARIO: Y quieres que sea tu Johannes.

FÉLIX: Yo no he dicho eso.

MARIO: ¿No?

FÉLIX: Quiero que seas mi tú.

Mario se ha quedado pensando. Imposible distinguir exactamente qué. Con mucho cuidado, Félix le pone la mano en el cuello y empieza a acariciarlo. Él se deja. Tras un largo instante, Félix se acerca para besarle, pero Mario se aparta suavemente. Silencio.

MARIO: Yo he tenido muchos Johannes. No se llamaban Johannes. Se llamaban Juan. Miguel, Jesús, Hugo, José Luis... Paul, José, Pascual, Samuel, Kevin, Alejandro, Daniel... Nombres en mi agenda. ¿Te acuerdas de mi agen-

da? Ahora, no sólo la uso para anotar lo que tengo que hacer, también escribo unas frases sobre lo que he hecho cada día. Los días productivos me siento súper bien, te puedes imaginar, porque me falta espacio. Los perdidos... cuestan más. Y también apunto los nombres de los Johannes. Si la hojeas, algunos días verás un nombre; muchos otros, ninguno... y alguno que otro, dos, incluso. A veces no sé qué nombre poner, porque no nos lo decimos, y pongo: "Desconocido". Hay bastantes así. No sé cuándo ni por qué empecé esa costumbre, llevo mucho tiempo ya. Pero nunca me la he saltado, ya sabes que soy muy constante. Cabezón. Y este junio, que pasé por un momento... raro, me puse a revisar la agenda del año pasado. Hasta entonces no me había dado por ahí. Y me pasó algo extraño. Me sorprendió. Porque resulta que no sólo era incapaz de identificar los desconocidos, obviamente, sino que los nombres tampoco me decían nada. Algunos sí, claro, pero la mayoría... Es como si un texto que hubieras escrito tú mismo... fuera indescifrable. Como si estuviera en otro alfabeto. Y había casi cincuenta nombres distintos. Sólo en la agenda de ese año.

FÉLIX: Guau.

MARIO: Y, no me entiendas mal, no me arrepiento de nada. Es emocionante, es divertido. La mayoría de las veces, muy satisfactorio. Otras... incómodo. Algunos de esos nombres eran prescindibles, no te lo voy a negar, pero hice lo que me pidió el cuerpo y no tengo que darle explicaciones a nadie. A mí mismo, si acaso. Y lo que me digo es que me apeteció y me sentó genial. No me sobran los momentos. Pero es eso, Félix. Ya no me sobran los momentos. El filtro ha cambiado.

FÉLIX: Entiendo.

MARIO: Puedo acostarme con chicos. Tal vez incluso en la primera cita, pero es de otra manera, por otro motivo, me mueven cosas diferentes. En el filtro de Grindr tengo quitadas las relaciones abiertas, hay que poner el límite en algún lado.

FÉLIX: Vale, vale.

MARIO: ¡Y me parece fantástico! Conozco gente con relaciones abiertas, les va muy bien, y creo que es una opción maravillosa. Pero yo no voy a entrar ahí. Cada vez que no reconozco un nombre en la agenda, me siento un poco más solo, y después de lo que he pasado este año, no me lo puedo permitir.

FÉLIX: ¿Qué has pasado este año? ¿Lo del Hobbit?

MARIO: No. Bueno, sí... fue un factor. Pero tuvo más que ver con el trabajo.

FÉLIX: ¿Qué pasó?

MARIO: Pues que lo último que esperaba en la vida era volver al instituto. La verdad. Cuando era adolescente, yo no me atrevía a entrar en la cafetería, ni en el servicio de los chicos. Me pasaba el recreo encerrado en un baño al que sólo iban los profesores. Y ahora, se supone que soy yo el adulto. Y tengo que tratar temas con los alumnos que... en fin, da igual. Que ha sido difícil. Acostumbrarme a eso, a vivir solo, dejar el teatro... Son ajustes.

FÉLIX: Sí, bueno, pero...

MARIO: ¿Te has acostado ya con alguien?

FÉLIX: Tú fuiste el único.

MARIO: Tú también para mí, en muchos sentidos.

FÉLIX: Una pena que sólo tuviéramos un fin de semana, ¿no?

MARIO: Es lo que me diste.

FÉLIX: Lo que nos dimos.

Pausa.

MARIO: Te volverás en la furgoneta, supongo, ¿no?

FÉLIX: ¿Por qué?

MARIO: Pensaba que ya no te interesaría quedarte.

FÉLIX: Pensabas mal, como siempre. Y oye... en serio, lo de Johannes no tenía nada que ver con nosotros. Lo que siento por ti es otra cosa.

MARIO: ¿Qué sientes por mí, Félix?

Sigue un largo silencio que Félix es incapaz de llenar con una respuesta. Mario sonrío con tristeza.

MARIO: Me lo tenía que haber imaginado.

FÉLIX: ¿Qué?

MARIO: Nada, todo.

FÉLIX: ¿Nada y todo?

MARIO: (*Aprieta la mandíbula*) Que estamos igual que antes.

FÉLIX: ¿Eso es malo?

MARIO: Sí, porque no cuentas nada y, de lo que cuentas, la mitad no me lo puedo creer.

FÉLIX: No sé por qué dices eso.

MARIO: Ya. Si ese es el problema, que a lo mejor no lo sabes ni tú.

FÉLIX: No entiendo, Mario, yo no te he contado ninguna mentira.

MARIO: No, no son mentiras--

FÉLIX: ¿Entonces?

MARIO: Da igual.

FÉLIX: No da igual, ¿qué pasa?

MARIO: Que no importa, déjalo, vamos a cambiar de tema.

FÉLIX: Es que no sé cómo responder a esa pregunta--

MARIO: No nos vamos a poner ahora, ¿a qué? ¿A discutir? No tiene sentido.

FÉLIX: Yo no quiero discutir, / al contrario...

MARIO: Pues ya está, ya pasó. Hace mil años, además, el error es mío por esperar que ibas a cambiar.

FÉLIX: Yo he cambiado.

MARIO: Sí, estás más bueno todavía.

FÉLIX: Lo digo en serio.

MARIO: Si es que yo tampoco tengo derecho a pedirte que cambies.

FÉLIX: Pues pareces como... *déçu*... decepcionado.

MARIO: Eso ya es problema mío, como todo lo demás.

FÉLIX: Yo siempre te he contado la verdad.

Mario se esfuerza a responder con tranquilidad.

MARIO: A medias.

FÉLIX: A medias, no. Entera.

Pero todo el rencor empieza a salir a la superficie.

MARIO: ¿Ah, sí?

FÉLIX: Sí.

MARIO: ¿Y nuestra canción, por ejemplo?

FÉLIX: ¿Qué pasa?

MARIO: ¿Es verdad que no la incluiste por nosotros?

FÉLIX: Yo he escuchado esa canción siempre, / antes de conocerte a ti...

MARIO: Eso no es lo que te he preguntado.

FÉLIX: Lo siento, yo sé que a ti te gustaría que--

MARIO: Es que me parece mucha casualidad que escribas una obra contando una historia sospechosamente parecida a la nuestra / y decidas terminarla con esa canción.

FÉLIX: Yo pienso que no se parece tanto.

MARIO: ¿Ves como estamos igual que antes?

FÉLIX: ¿Esto es igual que antes?

MARIO: Porque soy yo, que estoy loco / viendo cosas donde no las hay...

FÉLIX: No he dicho eso.

MARIO: No me creo que no te acordaras de lo que significó esa canción.

FÉLIX: Claro que me acuerdo, pero no quiere decir nada.

MARIO: Si es sólo un ejemplo más.

FÉLIX: ¿De qué?

MARIO: De que estás siempre escondido, detrás de una palabra ambigua, o...

FÉLIX: ¿Qué dices?

MARIO: ¡Que te conozco, Félix! Que no sólo fue el fin de diciembre. Que, después de que me mandarás a la mierda en enero, estuve otros seis meses contigo en clase, comiendo juntos en la cafetería, / haciendo trabajos, saliendo de fiesta...

FÉLIX: No sé por qué me dices esto...

MARIO: Porque te conozco. Que me has hablado de tu novio para contarme lo de tu relación abierta, y esperando que caiga rendido a tus pies.

FÉLIX: ¡Para nada!

MARIO: Cuando todo lo que has contado esta noche antes de eso, incluido lo de la canción, ha sido un montón de medias verdades...

FÉLIX: Estás muy equivocado...

MARIO: Bueno, vale, muy bien, estoy muy equivocado.

FÉLIX: Perdona, me he explicado mal, quizás. No quería ofenderte.

MARIO: Es que, de verdad, no sé qué esperas de mí.

FÉLIX: No espero nada. Estar contigo.

A Mario se le escapan unas amargas carcajadas.

MARIO: ¿Así de fácil? ¡Que llevas cuatro años sin responder un email y la mejor excusa que se te ha ocurrido es que no te gusta lo virtual!

FÉLIX: Bueno, me parece que / no has entendido nada de lo que te he dicho, te lo explico otra vez.

MARIO: Si el problema de esta noche, me he dado cuenta antes, es de base, lo sabes, ¿no? Empieza cuando me dijiste que volvías.

FÉLIX: Porque quería verte.

MARIO: ¿Verme? Mira, me lo estoy imaginando perfectamente.

FÉLIX: A ver.

MARIO: En cuanto abriste la relación con tu horrible novio que te quiere demasiado, a las dos de la mañana se te ocurre mandarle un email a aquel español / con el que ya le habías puesto los cuernos...

FÉLIX: Pues no fue así, de verdad.

MARIO: Porque tenías clarísimo que iba a estar deseando liarse contigo otra vez. / ¡Y lo mejor de todo es que se supone que no me puedo ofender!

FÉLIX: ¡Que te lo estás inventando, Mario, que yo no he venido para acostarme contigo!

MARIO: ¿Y de qué iba el estriptis que me hiciste antes en mitad de la calle, entonces? / ¿Era sólo para presumir?

FÉLIX: Yo qué sé, era divertido...

MARIO: El culo de un mandril es más sutil que tú.

FÉLIX: Guau.

MARIO: Y ya me gustaría a mí que todo mi problema fuera que me quieren demasiado. ¡Qué pena, que mi madre está empeñada en que me case con mi novio de diez años!

FÉLIX: Vale, claro, ya entiendo qué pasa, son celos.

MARIO: ¿Puedes tener una vida más perfecta? / ¡Y pretendes que ponga buena cara y te compadezca!

FÉLIX: Si todavía piensas que mi vida es perfecta, no has escuchado nada de lo que te he dicho.

MARIO: ¡Pobrecito de ti, que te lías con bisexuales suizos por Europa, y tu novio, encima, te entiende!

FÉLIX: Vete a la mierda, Mario.

Un torrente de lágrimas fluye por las mejillas de Mario, la frustración de años vertiéndose en gritos sin control.

MARIO: ¿Tú me estás viendo a mí, Félix? ¿No ves que estoy solo? ¿No ves que no tengo a nadie? ¿No te he contado ya que todo lo que he hecho en mi vida ha sido un fracaso? ¿No te he contado ya que los tíos se acuestan conmigo y nunca quieren saber más de mí? ¿No te he contado ya a lo que me dedico? ¿Tú sabes lo que es que te venga un niño de doce años con toda la ropa de marca porque se la ha

comprado su padre farmacéutico y te diga que tanto estudiar, tanto estudiar, y al final tu trabajo es una mierda? Y lo peor es que no le puedes decir nada porque tiene razón. ¿Qué más necesitas para darme algo de verdad? Si me he vaciado aquí, delante de ti, y lo único que me das es “Quiero que seas mi tú”. ¿Eso qué mierda es, Félix? Que sigues sin ser capaz de decirme lo que sea que sientes por mí. ¿Que estoy celoso? Pues qué raro, ¿no? ¿Quién iba a tener celos del joven director reconocido en Europa, con cuerpo de infarto, una buena mata de pelo en la cabeza, un novio ingeniero con pene de estrella porno, y una relación de diez años, que ahora, además, es abierta?

FÉLIX: ¿Has terminado?

MARIO: No. (*Se limpia las lágrimas*) Después de aquel fin de semana, cuando volviste a Francia en Navidad y yo me fui a mi pueblo, hablamos de pasar juntos la noche de Reyes en Madrid. ¿Te acuerdas?

FÉLIX: Sí.

MARIO: Y yo tenía que comprar el billete de vuelta, así que te mandé mensajes... varios, para confirmar. Y tú, de repente... dejaste de contestar.

FÉLIX: Te lo expliqué entonces, cuando volvimos de vacaciones...

MARIO: Sí, que no querías decirme nada por email porque preferías / hablarlo en persona.

FÉLIX: Eso es, porque...

MARIO: La historia oficial me la sé, que es otra de tus medias verdades.

FÉLIX: No es una historia.

MARIO: Siempre tienes una razón. Pero no es la que me dices, es otra. Y la veo detrás de cada excusa que me das, y no sé si no eres consciente de ella o no me la quieres decir por no hacerme daño. Y esto lo veo ahora, y lo veía hace seis años igual. Pero antes me lo callaba porque no quería que desaparecieras, pero ya, mira... es que no pienso seguir hablando contigo si no me lo cuentas.

FÉLIX: ¿Qué quieres que te cuente, Mario?

MARIO: La verdad. ¿Por qué dejaste de escribirme?

Silencio. Félix parece derrotado.

FÉLIX: Eres una apisonadora.

MARIO: Y tú, un cactus.

FÉLIX: ¿Sabes lo que le cuesta a un cactus enfrentarse a eso?

MARIO: Me da igual.

Pausa.

FÉLIX: Era porque no quería hacerte daño. De verdad. Y ojalá pueda hacer que lo entiendas. Me duele a mí. Pero sí, hay algunas cosas que no te he dicho. Pensaba que tal vez las podías saber porque me conoces, pero parece que

no. Yo volvía a Francia un lunes. Para Navidad, un lunes veintiuno de diciembre. El domingo dormimos juntos en tu piso, y te hice la famosa lista de reproducción con *Les moulins de mon cœur*. Y de verdad, prometo que no la puse en mi obra pensando en ti. Pero muchas cosas en mi vida hablan de ti, aunque no piense en ti. Y esa canción también, no puedo evitarlo. Recuerdo estar ese domingo sobre tu cama con tu ordenador... pensando qué música te gustaría, porque todavía no sabía tus gustos. Me pediste una lista de reproducción de canciones francesas y yo quería hacerlo bien. Porque quería gustarte. Tú hablabas de alguna tontería, porque ya sabes que siempre estás hablando. Y entonces, pensé: "Me podría quedar aquí para siempre". No, no te lo dije y no te lo he dicho nunca, pero lo pensé. Y yo intentaba concentrarme y no podía, porque hablabas demasiado, pero daba igual, porque me gustaba. Por eso lo pensé. *(Pausa)* El día próximo, me despediste en la estación y pasé el viaje riendo como un tonto. Yo te conozco también, Mario. Y sé que estás en una época mala. Pero no es mi culpa, lo siento, no lo es. Tú tienes algunos problemas, yo tengo otros. Y no son menos importantes, son sólo míos. Eres muy egoísta a veces. Crees que las cosas sólo te pasan a ti. Y a mí me pasó lo mismo hace seis años. Piensas que el único que siente, y siente mucho, eres tú. Antes hablabas de lo que pasó en la Calle del Codo como si me lo estuvieras descubriendo tú. Pero yo sentí lo mismo. Y luego, esa Navidad, que yo estaba en Francia, siempre me mandabas mensajes diciéndome que me echabas mucho de menos. Y yo también te echaba de menos. Pero utilizabas tus sentimientos como si fueran... armas. Ahora también. "¡Esto es lo que siento, toma!" ¡PUM! Me preguntas por qué no te contestaba tus emails. ¿No lo sabes? ¿Te lo puedes imaginar? Tú fuiste a tu pueblo, les hablaste a tus amigos de mí, se alegraron y nada

más. Y yo, que sentía lo mismo, llegué a pasar una semana con Jean Pierre en Burdeos. Y no se alegró, claro. Tampoco se enfadó. Me dijo que la Erasmus era un paréntesis y que él no quería prohibir nada. Que iba a seguir ahí cuando volviera. Y si te da celos, o envidia... querías la verdad, lo siento, esa es. Él no me pidió que eligiera. Tú tampoco.

MARIO: Porque sabía que lo ibas a escoger a él.

FÉLIX: Y se notaba que lo sabías. Cuando volvimos en enero, lo tenías muy claro. Lo tenías más claro que yo.

MARIO: No, Félix, eso no me lo digas.

FÉLIX: Es la verdad.

MARIO: Lo que pasa es que, como no te interesa, ahora quieres reescribir la historia, pero tú sabes que no fue así. Tú quedaste conmigo en enero sabiendo perfectamente lo que me ibas a decir.

FÉLIX: ¡No!

MARIO: ¿Cómo que no?

FÉLIX: ¡Que no! Que estaba confundido, necesitaba pensar y tenía miedo.

MARIO: Miedo. ¿De qué?

FÉLIX: De ti. De Madrid. De lo que pensé ese domingo. Puede que no lo entiendas. Porque no sé si puedes entender que alguna otra persona no lo tenga tan claro como tú. Pero... es la verdad. Estaba hecho un lío.

Pausa.

MARIO: Me dijiste que no querías seguir. No me lo estoy inventando. No te lo dije yo. Fuiste tú.

FÉLIX: Sí, ¿y después?

MARIO: No dijiste nada más.

FÉLIX: Yo no, pero tú sí.

MARIO: ¿Qué dije?

FÉLIX: ¿No te acuerdas?

MARIO: No sé.

FÉLIX: Curioso. Me dijiste que tú sabías lo que había pasado. Que había visto a Jean Pierre y me había arrepentido. Y que, en unas semanas, se me pasaría y me entrarían ganas de volver contigo. Pero tú ya no ibas a estar ahí. Porque tú no querías el “ahora sí, ahora no”, y que, si decidíamos terminar, no había marcha atrás. Y me diste la mano para cerrar el trato.

MARIO: ¿La mano?

FÉLIX: Parecía que lo habías preparado.

Pausa.

FÉLIX: Yo no estaba seguro de ese trato, Mario.

Pausa.

FÉLIX: Luego, es interesante que sólo lo respetaba yo. Porque tú me buscabas... mucho. En mi fiesta de cumpleaños, la semana próxima... no podía escapar de ti. A las doce, te acercaste por atrás, me susurraste al oído “Feliz cumpleaños”, y me dijiste, para que quedara claro, que habías sido el primero en felicitar me.

MARIO: Qué patético.

FÉLIX: Y otro día, no recuerdo cuándo fue... me constaste que habías conocido a alguien en Grindr para sexo. No pensaste, claro, en lo que yo podía sentir al escuchar eso... Que habías quedado con uno para sexo pero que no habías podido terminar porque sólo pensabas en mí.

MARIO: Basta, Félix.

FÉLIX: No sé... ¿Querías que hiciera *pénitence*... penitencia porque te habías enamorado? Yo no decía nada, porque... porque soy un cactus. Pero, de todo lo que no entendiste, lo que más me sorprende hoy es que no entendieras que yo también estaba enamorado de ti.

Mario, con los ojos húmedos aún y las mejillas llenas de sal seca, se deja caer sobre el regazo de Félix. Silencio.

MARIO: El alumno del que te hablé antes... Raúl, de Los Galácticos. No es menos burro que los demás, pero tiene una energía diferente. Es demasiado alto para su edad y muy, muy delgado. Está en ese punto de la adolescencia en el que de repente te crecen demasiado las piernas y el resto del cuerpo parece que no se ha enterado. Lleva el flequillo hacia un lado, teñido de rubio, y la cara, llena de granos. Y le cuesta mucho, le preguntas si te entiende y te

dice que sí para que lo dejes en paz. Pero, a su manera, es organizado y cuidadoso. Tiene un estuche rojo de plástico duro, que habrá heredado de alguien, con cuatro lápices, un bote de tinta china del siglo pasado, y un montón de rotuladores de colores. Un día, al pasar junto a su pupitre, me fijé en que tenía los rotuladores alineados y ordenados por colores. Nunca me habría esperado un detalle así, sobre todo viendo lo desaliñado que iba siempre a clase. Es como si, inconscientemente, necesitara que, al menos, aquel rincón de su vida estuviera bien, en orden, bonito. No sé. Eso pensé yo. Bueno, pues, casi al final de curso, yo tenía una guardia justo después del recreo y, al rato de sonar el timbre, Alberto me trae a Raúl, que tenía un moratón en la cara y el estuche abierto en la mano. Le habían vaciado la tinta china sobre los rotuladores. Y ahora eran todos negros. Por lo visto, Alberto se lo había encontrado llorando en el recreo porque otro chico le había tirado la tinta china y lo había llamado comepollas. A mí ya se me había ocurrido que Raúl podía ser gay. Porque sí, en fin, *gaydar*. Pero de los problemas que tenía ese chaval, yo pensaba que ese era el menos importante. De hecho, no lo había visto mal integrado en la clase. Alberto me dejó con él y, mientras le ayudaba a limpiar el estuche, intenté tranquilizarlo. Él no respondía, sólo seguía llorando con esos lagrimones gordos... Luego, me lo llevé a dar paseos por el patio y tampoco hablaba. Al final, nos metimos en un despacho y... le dije que su vida era suya. Nunca hablé expresamente de su sexualidad, por supuesto, pero quise transmitirle que... bueno, lo de siempre, que somos como somos, y nadie tiene derecho a insultarnos por eso. (*Pausa*) ¿Sabes lo que me dijo? Lo único que me dijo después de una hora hablando con él. “Yo no soy como tú”. Con todo el desprecio del mundo.

La guitarra repite unos arpeggios de manera cíclica. Esta vez es un sonido extraño, como si proviniera del subconsciente de Mario.

Esa noche estaba tendido bocarriba en la cama y, de repente, no me podía mover. Ni un músculo. Y sentí que abandonaba mi cuerpo y me veía a mí mismo desde el techo de la habitación. Del zulito. Un ser minúsculo, como hundido entre las sábanas. No sé cómo se puede llamar esa sensación. Vacío. Pánico. Después de un buen rato, conseguí levantarme y... era de noche, me fui hasta un puente que hay al lado de mi casa, sobre la M30. Allí estuve, con la mente en blanco, no sé cuánto tiempo. Recuerdo las luces de los coches. El viento. Bochorno. Hacía calor, era junio, pero parecía agosto. Hasta que una mujer... una mujer mayor, que al principio me dio miedo, se acercó y me preguntó si me encontraba bien. Creo que pensaba que iba a saltar. Eso tuve que pensar yo también, si no, ¿qué hacía allí? Cuando volví a casa, escribí en la agenda la primera estrofa de nuestra canción.

La guitarra, más prominente ahora, puntea la oscura melodía de la canción, al mismo tiempo que Mario recita sus versos, ausente. Al escucharlo, Félix recuerda también el texto en francés...

MARIO:

Like a circle in a spiral,
Like a wheel within a wheel,
Never ending or beginning

FÉLIX:

Comme une pierre que l'on jette
Dans l'eau vive d'un ruisseau
Et qui laisse derrière elle

On an ever spinning reel.	Des milliers de ronds dans l'eau.
Like a snowball down a mountain	Comme un manège de lune
Or a carnival balloon,	Avec ses chevaux d'étoiles,
Like a carousel that's turning	Comme un anneau de Saturne,
Running rings around the moon.	Un ballon de carnaval.
Like a clock whose hands are sweeping	Comme le chemin de ronde
Past the minutes of its face	Que font sans cesse les heures,
And the world is like an apple	Le voyage autour du monde
Whirling silently in space...	D'un tournesol dans sa fleur...
Like the circles that you find	Tu fais tourner de ton nom
In the windmills of your mind.	Tous les moulins de mon cœur.

El evocador sonido de la guitarra continúa bajo el diálogo...

FÉLIX: ¿Y al día siguiente fuiste a trabajar?

MARIO: A las nueve. Alberto me preguntó si estaba bien. Creo que se preocupó, estuvo un tiempo encima de mí.

FÉLIX: ¿Y eso no es importante?

MARIO: ¿Que se preocupara?

FÉLIX: Que pudiste volver. Y terminar el curso. Otra persona no habría podido.

MARIO: Me siento muy solo, Félix.

FÉLIX: Pues no lo estás.

MARIO: Ya.

FÉLIX: Eh. Mírame.

Mario obedece. Félix lo mira fijamente a los ojos.

FÉLIX: No estás solo.

Los dos chicos sostienen la mirada. La melodía de la guitarra ha adquirido un matiz más luminoso, pero lleno de tensión. Entonces, cuando Mario se acerca a Félix y lo besa con suavidad, la tensión se resuelve y el tema coge fuerza. A medida que la canción avanza, sus besos se hacen cada vez más apasionados. Hasta que, con la coda, se detienen de manera natural y un largo y cálido silencio les invade.

MARIO: Félix.

Pausa.

FÉLIX: ¿Qué?

Pausa.

MARIO: ¿Qué has comido hoy?

FÉLIX: ¿Por?

MARIO: ¿Qué has comido, Félix?

Félix empieza a reír.

MARIO: ¡No me lo puedo creer!

FÉLIX: Migas. Se dice así, ¿no?

MARIO: Joder.

FÉLIX: Porque en Francia no hay, y me gustan mucho.

MARIO: ¡No, si el problema no es que las hayas comido, el problema es que eres un guarro!

FÉLIX: ¡Pero me he limpiado los dientes! ¡Prometo!

Mario vuelve a besarlo.

MARIO: Pues a pasta de dientes no sabes.

FÉLIX: Porque me los limpié hace tiempo.

MARIO: Eres un guarro, eres un francés guarro.

FÉLIX: Como todos los franceses.

MARIO: El suizo bisexual seguro que se lavaba los dientes.

FÉLIX: Seguro.

MARIO: Desodorante tampoco te has puesto, ¿no?

FÉLIX: Te sorprenderías.

MARIO: No pienso acercarme a oler.

Mario se levanta, limpiándose las mejillas de sal.

FÉLIX: Creo que voy a volver el domingo.

MARIO: Como quieras.

FÉLIX: Tú el lunes vas a trabajar, ¿no?

MARIO: Sí.

FÉLIX: Tienes que prometerme que irás al despacho de Alberto y le pedirás que se tome un café contigo al fin.

MARIO: *(Se lo piensa)* Vale. Si tú hablas con Jean Pierre.

FÉLIX: ¿Qué le digo?

MARIO: Que las cosas no pasan porque sí, que nada está escrito, y que estás cansado de huir. Porque este fin de semana es una huida de él, igual que aquella Navidad fue una huida de mí. Que no se me ha escapado.

FÉLIX: A ti no se te escapa nada.

MARIO: Mañana te voy a hacer una lista de reproducción en español. Hay un tema de un cantautor que te pega mucho, que dice: “La excusa más cobarde es culpar al destino”.

FÉLIX: *(Asiente. Pausa)* ¿Cuánto tiempo llevas intentando decir eso?

MARIO: Toda la noche.

Ríen. Félix se levanta y coge la mochila.

FÉLIX: Tengo hambre.

MARIO: ¿Y por qué no hemos ido a cenar?

FÉLIX: A mí no me preguntes.

MARIO: ¿Qué te apetece?

FÉLIX: ¿Conoces un vegano?

MARIO: Tendrás la poca vergüenza de hacerme ir a un vegano habiéndote zampado unas migas con chorizo para comer.

FÉLIX: ¿Por qué no vamos a tu piso antes y dejo la mochila?

MARIO: Uy, no. En mi piso no te quedas. La llevas a cuestas. Así usas los músculos para algo.

Félix resopla, y echan a andar hacia la salida del parque.

FÉLIX: Oye, puede ser un poco raro decirle eso así a Jean Pierre, ¿eh?

MARIO: Díselo en francés, por si acaso.

FÉLIX: Voy a hablarle del destino y se va a quedar igual.

MARIO: Se lo tendrás que explicar.

FÉLIX: Pero es ingeniero, las metáforas no...

MARIO: Chico, hazle un croquis. Tú sabrás cómo hablarle a tu novio. ¿O es que sólo tratas con su gran pene?

Félix deja de andar y empieza a reír con ganas.

MARIO: Si, tú ríete.

FÉLIX: Y luego, ¿qué hago? ¿Te lo cuento?

MARIO: Me mandas un email.

Félix arruga la nariz.

MARIO: Bueno, me llamas.

Félix no parece convencido. Mario hace un gesto de desesperación.

MARIO: O en seis años lo hablamos.

FÉLIX: Te espero en el balcón, como Julieta.

Detenidos en mitad del parque, con la noche apenas empezada, Félix y Mario comparten una sonrisa cómplice.

“The day was green and blue and very bright.
Jim Willard was meeting Bob
and the weekend was not yet lived.
He was happy.”
Gore Vidal, *The city and the pillar*.



Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 2023

